

Johanna Schopenhauer: una diletante

Marta Ruiz Jiménez

“El boato social, el rango y el título ejercen tal fuerza de seducción sobre un corazón joven, tierno y cándido todavía, que incitan a la muchacha sin experiencia a anudar un vínculo matrimonial, como tan a menudo sucede todavía hoy en día; un error que tendrán que expiar con amargura durante toda la vida, como también hoy en día muy raramente deja de suceder” (Johanna Schopenhauer, *tomo la cita de Safranski en la obra citada en el apartado de fuentes*)

Johanna Henriette Trosiener (1766-1838) toma el apellido Schopenhauer al contraer matrimonio con Heinrich Floris Schopenhauer (1747-1805). Una mujer muy interesante e injustamente olvidada: Johanna, diletante; Johanna, novelista de éxito; Johanna, mujer decidida, culta, impetuosa, vitalista; Johanna, madre del gran filósofo Arthur Schopenhauer. El arte, la poesía, el teatro, la música, las tertulias, y esos magníficos viajes de placer por Europa en compañía de su marido y su hijo, en los que los palacios y los museos de Europa se abrían exclusivamente para ellos; sigo a Moreno Claros:

“Los padres y Arthur veían juntos o individualmente museos y monumentos, visitaban palacios y jardines, admiraban la arquitectura civil y popular o se interesaban por el carácter y las costumbres de los habitantes de las regiones que atravesaban. El dinero de los Schopenhauer les franqueaba muchas puertas y les proporcionaba las comodidades que con él podían obtenerse allá donde era posible obtenerlas.”

Una mujer que alcanzó su liberación al enviudar y supo aprovecharla para vivir con toda plenitud. Las desavenencias entre madre e hijo comienzan al morir el padre y se harán muy difíciles -hasta el punto de irre recuperables- cuando Arthur sea ya un treintañero. Una mujer que quiso ver en Arthur, desde adolescente, no a un hijo sino a un confidente y un amigo; pero el gran filósofo necesitaba y quería una madre vulgar y común y ahí surgió el conflicto. La carta de despedida que Johanna antes de mudarse a Weimar en 1806, tras el suicidio de su marido, deja a su hijo, aún adolescente, me resulta especialmente conmovedora porque en ella se aúna una muy contenida pasión o amor de madre en beneficio de ir alimentando una relación de respeto (“tú y yo somos dos” llegará a decirle Johanna a su hijo años más tarde, como veremos más adelante) y distanciamiento no exento de cariño que Arthur no supo o no quiso interpretar debidamente; cito por Moreno Claros:

“Johanna Schopenhauer a Arthur. Sábado noche. Acabas de marcharte, todavía percibo el humo de tu cigarro, y sé que no volveré a verte en mucho tiempo. Hemos pasado una velada muy agradable los dos juntos, deja que ésta sirva de despedida. Adiós, mi querido y buen Arthur, es muy posible que ya no esté aquí cuando leas estas líneas, pero si estuviera no vengas a verme, no puedo soportar las despedidas. Al fin y al cabo, podremos vernos cuando queramos, creo que no será preciso esperar mucho tiempo hasta que la razón nos permita quererlo. Adiós; te he engañado por primera vez, pues pedí los caballos para las seis y media. Espero que no te duela

mucho este engaño, lo hice por mí, pues sé lo débil que soy en tales momentos y cuánto me afecta cualquier emoción violenta. Adiós, que el Señor te bendiga. Tu madre, J. Schopenhauer. Escríbeme ya el próximo miércoles”

Es interesante que años más tarde, cuando Arthur Schopenhauer recuerda aquellos años de su niñez y rememore la propuesta de sus padres para emprender un viaje por toda Europa que duraría dos años (y al que aludiré más adelante) se exprese de esta manera, sigo a Aramayo (la negrita es mía):

“[...]Por eso me comunicó (cf. el padre) que la próxima primavera se proponía emprender con **su mujer** un largo viaje por buena parte de Europa y que yo podía tener ocasión de participar en ese soberbio periplo, si le prometía que cuando regresáramos me consagraría por entero al oficio de comerciante.”

He señalado en negrita “su mujer” porque es inquietante que un hijo se refiera a “su madre” como aquella que es la mujer de su padre (por supuesto estoy segura de que el padre de Schopenhauer no le dijo “mi mujer y yo vamos a emprender un viaje” le diría, “tu madre y yo”).

Hacia 1818-19 se rompe todo contacto entre madre e hijo; no se volverían a ver. Johanna murió en 1838 en la más completa miseria y abandono. Wilhelm Gwinner da como fecha del último encuentro entre ambos, mayo de 1814 -que coincide con la fuerte discusión a causa de Müller de lo que hablaré más tarde-; seguramente ambas fechas no se contradigan y lo que en esos años vacíos ocurriera entre madre e hijos fuera una débil y concretísima relación epistolar. Wilhelm Gwinner -jurista y amigo del filósofo- la describió con estas palabras:

“heredó las formas delicadas, el cabello castaño y los ojos azul claro de la madre. Sus rasgos faciales eran más agradables que bellos. Su pequeña persona, que en la juventud estaba dotada de un atractivo considerable, se volvió corpulenta con la edad y perdió parte de su atractivo debió a un disloque de la cadera izquierda. Aun así, hasta bien entrada la vejez conservó en su persona y en su trato una gracia que le aseguraba el éxito, al que estaba acostumbrada en los más diversos círculos a los que la conducía su nunca colmada inclinación a la vida social. Muy en su papel de ella misma, era harto consciente de sus cualidades y a veces podía llegar a ser incluso arrogante”.

Johanna, alcanzó una muy considerable fama literaria en Alemania en la década de los 20' del siglo XIX cuando ya rondaba los 50 años de edad y se manifestó su vocación literaria como autora de novelas sentimentales y libros de viajes en los que relataba aquellos que había realizado durante su matrimonio; su éxito de ventas fue inmediato. Al morir Goethe y cuando la ruina económica de Johanna se había manifestado en toda su crudeza recurrió a ese artificio, pero muerto el protector la venta de ejemplares fue cero. Siguiendo las investigaciones de Moreno Claros leemos:

“Su obra es de considerable extensión: biografía, cuatro extensas novelas, cincuenta relatos y un cumplido catálogo de reseñas y artículos de contenido misceláneo componen los veinticuatro volúmenes de sus Obras completas; a éstos se añaden unas memorias inacabadas, los diarios y una abundante correspondencia”.

Todo ello se reduce a 53 relatos de variada extensión y 4 extensas novelas, de las que sólo una *La nieve*, ha sido traducida al castellano y se cita en el apartado de fuentes.

Johanna nació en Dánzig, el 9 de julio de 1766. Fue la mayor de sus hermanas y pertenecía a una familia de la alta burguesía comercial. Recibió una cuidada educación en francés, inglés, geografía, astronomía, lenguas y cultura clásicas, historia, literatura -especialmente Shakespeare y Voltaire-, así como pintura y dibujo; en la adolescencia quiso ser pintora y formarse en Berlín, París y Roma como discípula del dibujante Chdowiecki; intento fallido porque tales oficios no eran propios de una señorita de buena familia.. Siguiendo a Wilhelm Gwinner:

“La educación general que recibió en la limitada esfera pedagógica de la casa paterna supo compensarla con creces el rico talento de Johanna en el tiempo más breve al lado de un hombre de mundo como era Heinrich Floris. Ya sólo la disposición de su nuevo hogar causó a la joven mujer mayores impresiones de la que suele proporcionar una decoración que simplemente sea elegante. Los mejores grabados adornaban las paredes de su cuarto; vaciados de antiguos bustos y estatuas que poblaban la casa la familiarizaron con las artes plásticas. La selecta biblioteca inglesa y francesa de su marido cultivó su gusto y educó su juicio literario; además, mientras esto sucedía, un fiel amigo de su niñez, el predicador de la colonia inglesa de Dánzig, el Dr. Jameson, se mantenía próximo a ella para ayudarla en los extravíos que pudiera conllevar el rápido desarrollo de su vida intelectual y moral, dispensándole tranquilidad y consejo.”

Johanna contrae matrimonio con Heinrich Floris Schopenhauer, “un rico patricio acaudalado de Danzig, ciudad de Prusia oriental”. Ella tenía 18 años y él 40. Esta diferencia de edad no favoreció el amor en esa pareja “Ni fingí un amor ardiente, ni tampoco mi marido aspiraba a que yo se lo demostrara”. El matrimonio con el acaudalado comerciante Heinrich, a pesar de la diferencia de edad, le daba la oportunidad de librarse del corsé social de la época y adquirir, además de un importante nivel de vida socioeconómico, una independencia que una mujer de su ambición intelectual y espiritual anhelaba y necesitaba. Wilhelm Gwinner, el jurista y amigo personal de Arthur Schopenhauer reproduce en su libro estas palabras de Johanna en relación a su matrimonio:

“Por libre decisión mía, le di la palabra que me había pedido al momento, en presencia de mis padres y sin esperar siquiera los tres días que, según costumbre de la época, tenía yo de plazo para reflexionar sobre su petición de matrimonio. Este tipo de convencionalismos eran contrarios a mi recto entendimiento y, sin saberlo, a causa de este comportamiento mío anticonvencional, creció la estimación que por mí tenía el hombre más libre de prejuicios que jamás conocí. Sin que mi decimonoveno año de vida hubiera llegado aún a su término, mediante ese enlace se me abrió una perspectiva de futuro tan vasta y espléndida como jamás hubiera esperado; ahora bien, confío en que se me crea que a esa edad tan temprana esto no condicionó mi decisión, e incluso que apenas pensé en ello. Creía que mi vida había concluido, una quimera a la que a tan tierna edad solemos entregarnos de grado y con ligereza tras la primera experiencia dolorosa. Me era lícito sentirme orgullosa de pertenecer a un hombre así, y lo estuve.”

El matrimonio dejaría Danzig en 1793 para establecerse en Hamburgo, una vez nacido el hijo. En 1787 hacen su primer viaje: Berlín, Hannover, Pymont, Fráncfort... Estando embarazada de Arthur Schopenhauer su marido propone cambiar de residencia e irse a vivir a Londres; este fue el primer gran viaje de Johanna de otros muchos que vendrían más adelante: “Me parecía increíble que yo fuera a viajar. ¡Viajar!” Residieron en Londres (con la idea de que el hijo naciera en Inglaterra); sin embargo, contingencias de la situación política del momento o quizás los celos del marido -como han destacado la mayoría de biógrafos de Arthur Schopenhauer- hicieron regresar a la pareja de nuevo a Dánzig, donde daría a luz a su hijo, el 22 de febrero de 1788. En las memorias de Johanna ella aborda el delicado tema de los celos, considero relevante citar el texto completo siguiendo a Safranski:

“Mi marido era incapaz de amargarme la vida mediante la expresión directa de los celos [...] Nunca mencionaba la gran diferencia de edad entre nosotros, pero cuando me veía rodeada de gente alegre de mi misma edad yo me daba cuenta de que este recuerdo le producía dolor. Las novelas francesas que él mismo ponía en mis manos, me habían convencido de que su estancia de varios años en aquel país le había proporcionado una experiencia poco adecuada para elevar la consideración de las personas de mi sexo ante sus ojos. Yo sentía, aunque él no me lo expresara con claridad, que nuestra felicidad presente y futura dependía solamente de su continuada satisfacción conmigo [...] Y cuando alguna vez me sentía amenazada por un sentimiento de desazón o de mal humor, bastaba una mirada sobre el maravilloso escenario que me rodeaba para que tal sentimiento se esfumase con rapidez”

[...]”Nunca hacía visitas a los vecinos en ausencia de mi marido y sólo me servía del carruaje que tenía a disposición para hacer salidas cortas de las que volvía sin detenerme en sitio alguno. Para los paseos más largos, fuera del espacio habitual de mi jardín, escogía caminos y prados, campos y bosques alejados de la carretera; pues cierta voz interior acudía en mi ayuda. Durante toda mi vida estuve presta a obedecer esta voz porque, en los raros casos en los que me resistí a ella, encontré motivos para lamentarlo amargamente”

En 1803 el matrimonio realiza un fantástico viaje por toda Europa: Holanda, Inglaterra, Bélgica, Francia, Suiza, Austria y Alemania, que finaliza dos años más tarde. Arthur Schopenhauer, ya adolescente, les acompaña bajo la condición impuesta por su padre de que al regresar se dedicaría de lleno a consagrar su vida para formarse como comerciante y heredar los negocios de la familia. El 20 de abril de 1805, una vez regresados a Hamburgo tras ese espectacular tour europeo, Johanna queda viuda; Arthur y Adele, huérfanos. El padre había comenzado a padecer serios problemas de salud acompañado de depresiones “morbosos estados de angustia” y “súbitos estallidos de cólera” con pérdida de memoria y sordera. Este es un momento fundamental para la vida de madre e hijo y por su importancia ha sido convenientemente tratado por los biógrafos de Arthur Schopenhauer; en este punto sigo a Moreno Claros:

“Su cuerpo apareció flotando en un canal de los que atraviesan la ciudad de Hamburgo, que transcurría justo debajo de un almacén de su propiedad, contiguo a la vivienda familiar, y en el que el comerciante no tenía ningún motivo aparente para estar allí en el momento de su muerte. Se había precipitado desde lo alto del edificio.

Aunque oficialmente se consideró un accidente, Johanna y Arthur sospecharon que se trataba de un suicidio”.

Como muy bien han apuntado todos los estudiosos de Schopenhauer este trágico final del padre marcaría un injusto rencor del hijo hacia la madre al acusarla de frívola y de ser la responsable del suicidio del padre:

“Yo conozco bien a las mujeres, sólo respetan el matrimonio en tanto que institución que les da de comer. Hasta mi propio padre, achacoso y afligido, postrado en su silla de enfermo, hubiera quedado abandonado de no ser por los cuidados de un viejo sirviente... Mi señora madre daba fiestas mientras él se consumía en soledad; ella se divertía mientras él padecía amargas torturas. ¡Eso es amor de mujer!”.

Sin embargo, soy de la opinión de que en el desprecio y desafección que el filósofo tomará hacia su madre (y no quizás tanto a la inversa, aunque también habrá rechazo de parte de la madre al hijo) se encuentra algo importante que me gustaría saber explicar. Ese magnífico viaje por Europa ha puesto en contacto a un niño de 13 años con una excesiva sensibilidad con vivencias muy duras que manifiestan la miseria humana. No solamente ha descubierto con sus propios ojos el arte, los museos, el paisaje, las costumbres; también ha encarado el horror que acompañará a Schopenhauer toda su vida y se reflejará en su sistema filosófico “el mundo es dolor y sufrimiento”. Este “pesimismo” que yo lo llamo “lucidez” Johanna no lo veía o sentía en la misma hondura y profundidad que su hijo; y esto, quizás y a mi entender, fue un factor importante que distanció la relación y favoreció esa imagen frívola que el hijo tendría de su madre. Para que se pueda contextualizar bien lo que he pretendido decir en este párrafo me gustaría que el lector, al terminar este artículo, leyera los apéndices 1 al 4 que al final acompañan estas páginas.

Al enviudar, con 39 años, va a residir a Weimar con su hija Adele, nueve años menor que Arthur; es el año de 1806, amparada por la muy considerable fortuna que ha heredado de su marido comienza -en Weimar- una estrecha amistad con Goethe que durará hasta la muerte de él, en 1832, que la dejaría sin protector y abandonada por todos (la hipocresía de la sociedad). Llega a Weimar con esa libertad que sólo otorga el dinero y dispuesta a entrar en contacto con la flor y nata de la intelectualidad de la época; la prisión del matrimonio había terminado, ahora podría ser lo que ella quería ser. Su salón, adornado con la genial figura de Goethe, pronto fue el centro de reuniones intelectuales en las que Johanna comenzó a hacer uso de su título como “consejera áulica” que ostentaba por el cargo que años atrás el rey polaco le había otorgado a su marido. En la carta a su hijo fechada en noviembre de 1806, leemos (sigo a Moreno Claros):

“El círculo que se reúne en torno a mí los domingos y los jueves no tiene parangón en Alemania ni en ninguna otra parte [...] Tomamos té, charlamos.... Nuevas publicaciones, dibujos, composiciones musicales, todo se trae a mi casa; aquí se comenta, se pondera, se ríe, se elogia, según parezca; cualquiera que tenga algo nuevo lo trae consigo. La Bardua dibuja la caricatura de alguien, Goethe se sienta ante su mesita, pinta y habla. La gente joven interpreta música en la habitación de al lado, quien no tiene ganas no la escucha; así llegan las nueve y todos se separan con la intención de volver la próxima vez. Esto sí que es vida, ¿verdad?”

Moreno Claros nos describe cuál era el ambiente y la importancia de Weimar en aquella época:

“La pequeña ciudad a orillas del Ilm, en la región de Turingia, era un remanso de paz. Minúsculo ducado independiente, había florecido intelectualmente gracias a la diligencia de la duquesa Ana Amalia de Sajonia, la cual, en busca de preceptores para su primogénito, el duque Carlos Augusto, atrajo a su corte a la flor y nata de la intelectualidad germana de su tiempo, a autores tales como Schiller, Wieland, Herder y Goethe. Jena, con su célebre universidad, se hallaba a escasas leguas de Weimar, lo que permitía el cómodo trasvase de cerebros entre las dos ciudades. Editores, pintores, músicos, eruditos y científicos poblaban aquellas comarcas en las que una Johanna, inclinada también a las artes y la vida cultural, se proponía gozar de una viudez libre de tribulaciones materiales, entregada a sus aficiones: las relaciones sociales y la conversación, la lectura y la pintura”

Entre las cartas de recomendación que lleva consigo (lo que era costumbre de la época para entrar en contacto con gente importante) estará la que otorga la oportunidad de conocer a Goethe, ¡su admirado Goethe!; fue él quien se presentó en su casa sin avisar (otra costumbre de la época: la persona superior es la que ha de ir a la casa del inferior, no al revés). Es la propia Johanna quien relata a su hijo cómo conoció a Goethe, (la carta completa está en el apéndice 5, al final de este artículo):

“Poco después, me anunciaron la visita de un desconocido. Me dirigí a la antesala y allí encontré a un hombre atractivo y de grave apariencia, vestido de negro, que se inclinó profundamente ante mí y que muy cortésmente me dijo: *Permitame que le presente al consejero privado Goethe*. Dirigí mi mirada al resto de la habitación buscando a Goethe, puesto que según la torpe descripción que me habían hecho de él no podía reconocerla en el hombre que yo tenía delante. Mi alegría y mi confusión fueron enormes, pero creo que me comporté mucho mejor de como lo hubiera hecho de haberme preparado previamente para su visita. Cuando me hube tranquilizado un poco, tenía mis manos entre las suyas y ambos nos dirigíamos hacia el cuarto de estar. Me dijo que ya había tenido intenciones de visitarme el día anterior, me tranquilizó con respecto al futuro y me prometió volver pronto.”

El intermediario para que se diera ese conocimiento fue el pintor Tischbein, amigo de la familia Schopenhauer en Hamburgo. En esos días, Goethe contraerá matrimonio con Christiane Vulpius, su criada, con la que llevaba conviviendo en amancebamiento desde hacía unos 10 años y con la que ya tenía un hijo; ese matrimonio no fue bien visto en sociedad hasta el punto que el propio Goethe tuvo que soportar desprecios por haberse casado con su “criada” a la que no se la permitía acompañar a su marido en las reuniones sociales. La clave era que Goethe había sido elevado a la nobleza por el duque Carlos Augusto de tal manera que ahora, la plebeya se veía también aupada a la más alta esfera social. Johanna en cuanto se percató supo despreciar esa hipocresía y abrir las puertas de su casa al matrimonio Goethe: “Creo que si Goethe le ha otorgado su nombre, bien podemos ofrecerle los demás una taza de té”. Goethe supo valorar ese gesto y en agradecimiento surgió entre ambos una estrecha amistad que convirtió la casa de Johanna en casi una segunda residencia para el matrimonio Goethe y con él en el salón de “la Schopenhauer” llegaban el resto de nobles y

cabezas pensantes del momento, para participar en tertulias y veladas que compartían con la mujer de Goethe a la que, irónicamente, no permitían la entrada a sus respectivas mansiones. Siguiendo a Safranski nos relata esta anécdota:

“Un inspector general de montes, perteneciente a la nobleza, injurió una vez de forma chabacana al consejero privado Goethe en el transcurso de una fiesta: *¡Envía a tu criada a casa! ¡La he dejado borracha!*”

esa vez Goethe envió a Christiane a casa pero, como recalca Safranski “por regla general no se dejaba intimidar”.

Thomas Mann en su ensayo sobre Schopenhauer escribió acerca de ella: “consejera áulica y escritora de novelas Johanna Schopenhauer, una buena conocida de Goethe”. Las reuniones en casa de Johanna fueron el lugar de moda en el que recalaba lo mejor de la intelectualidad del momento. Johanna era la perfecta anfitriona. Quizás, como apunta, Wilhelm Gwinner la madre debió haber sabido hacer un sitio a su hijo Arthur en esas tertulias y haber influido para que la relación entre Goethe y Arthur Schopenhauer hubiera sido más cálida (quizás me ocupe de ello en otro artículo):

“Rica en fantasía y juicio, pero consentida y volcada en lo exterior, demasiado entregada al lujo como mujer e inclinada al gasto, no supo mostrar ni adecuada comprensión con el violento carácter del jovencito, rígido, desconfiado, lleno de autosuficiencia, ni tampoco supo ganárselo de alguna manera para que participara en sus relaciones sociales”.

A los pocos días de llegar a Weimar el destino propició que Johanna pudiera sacar provecho de la tragedia que significó la entrada del ejército napoleónico en Weimar que llegaba con la orden explícita de Napoleón de arrasar toda la ciudad. A las dos semanas de estar instalada en Weimar se produce la batalla de Jena. Su hija Adele, ya muerta su madre, nos dejó estas líneas acerca de lo que significó para Johanna el encuentro con Weimar, *la ciudad de las musas*:

“una segunda primavera espiritual, pues el cielo le concedió en esa época lo que sólo suele conceder en la frescura de la juventud. Con los sentimientos más cálidos y despreocupados se asomó a un nuevo mundo que hasta entonces había permanecido desconocido para ella, pero un mundo que había ansiado desde hacía mucho; sorprendida por la fuerza repentina de sus facultades, por su talento que hasta entonces estaba dormido, despierto de una vez por todas, gozó del aprecio de los hombres más sobresalientes de la época mientras iba ganando a diario nuevas amistades, en parte procedentes del mismo Weimar, en parte procedentes de otros lugares, pero todos terminaban por visitarla. Ella gustaba y sabía tratar bien a cuantos la rodeaban. Le había quedado la suficiente fortuna como para vivir con comodidad y para permitirse el lujo de agasajar casi a diario en su salón a su amplio círculo de amistades. Su trato sin pretensiones, pero al mismo tiempo interesante, convirtió su casa en el epicentro de una intensa actividad intelectual y de una extraordinaria camaradería del alma; allí todo el mundo se sentía bien acogido, como en familia; sin complejos, cada cual podía dar de sí lo que mejor quisiera. Ella misma nombra en el esquema de sus memorias una parte de las personas importantes que veía en aquel entonces; incontables personas más acabaron viniendo después, y a lo largo de

muchos años, a pesar de los avatares exteriores, se mantuvo posado sobre su casa un reflejo de aquellos años felices, a semejanza de un postero rayo de sol”

En el epistolario que la madre dirige a su hijo le cuenta lo sucedido en esos días. Este desorden causado por las tropas hace que Johanna pueda poner en práctica y hacer valer su carácter; seguimos a Moreno Claros:

“Por aquel entonces Francia guerreaba contra media Europa y Prusia era su enemiga. Mientras la mayoría de los ciudadanos de Weimar temblaba de miedo, Johanna estrenaba hogar y no pensaba más que en arraigarse en la nueva ciudad donde había elegido vivir. Sin pensar en que podría costarle la vida permanecer allí, de repente se encontró inmersa en una Weimar tomada por los franceses. Junto a Adele resistió un intenso bombardeo en el que las dos estuvieron a punto de perecer. Era la mañana del 14 de octubre de 1806, fecha de las célebres batallas de Jena y Auerstädt. Tras el cañoneo cerrado que de milagro respetó la casa de Johanna, llegó la soldadesca gala en persecución de los húsares y cazadores prusianos en desbandada. En la ciudad semiabandonada por la población civil hubo pillajes y desmanes, pero la sangre fría que demostró Johanna la salvó a ella y los suyos de sufrir daño alguno. Junto a un matrimonio a su servicio, los Duguet, que también eran franceses, pudo calmar a varios grupos de soldados que pretendían entrar en su casa por la fuerza obsequiándoles con carne asada, pan y vino; su perfecto dominio del idioma francés, junto a sus recuerdos de París, terminaron por hacerles olvidar sus malas intenciones al verse tratados por aquella dama con tanta cordialidad y condescendencia. Finalmente, les tocó acuartelar en su casa a unos húsares franceses, y ello fue su mejor salvaguarda durante los escasos días que duraron las irregularidades. Como durante la invasión Johanna no sufrió ni pérdidas ni daño alguno, pudo dedicar todas sus energías a paliar las desgracias de sus vecinos. Acogió en su casa a múltiples personas necesitadas -sin hacer distinción de estatus social- que habían sido víctimas de humillaciones o saqueos por parte de la soldadesca. Con la ayuda de otras damas acaudaladas de la ciudad fabricó vendajes, curó heridos, organizó colectas y envió comida a los lazaretos; en suma, su comportamiento heroico y abnegado en medio de la desdicha generalizada le granjeó la simpatía y el aprecio de la sociedad weimariana, que enseguida la aceptó, acogiéndola como a una de los suyos.”

Para que el lector se haga una idea aproximada de la situación que Johanna vivió en Weimar, nada más llegar, y de la entrada de las tropas napoleónicas, remito al lector al apéndice número 5, al final de estas páginas (aconsejo al lector que deje la lectura de los 5 apéndices una vez que haya concluido la lectura de este artículo con el objetivo de que pueda contextualizar mejor todo lo que esos apéndices nos quieren decir).

Ahora, considero importante hacer un pequeño boceto de qué significaba y qué era Weimar en aquel momento en el que Johanna se instaló en ella; para lo cual voy a seguir a Safranski. A principios de 1800 Weimar era *la ciudad de las musas* todo aquel que sintiera respeto por el mundo intelectual debía acudir allí con reverencia y “con el más profundo respeto”. Los caminos para llegar a Weimar no estaban, desde luego, a la altura de lo que esa ciudad requería; era necesario tomar atajos y recurrir a los caminos menos transitables y más aparatosos e incómodos; es paradójico que tal y como apunta Safranski “Todos los lazos

importantes de comunicación quedaban lejos de Weimar”. Yo ignoraba, hasta leer a Safranski, que Goethe era en Weimar el “director de obras públicas de carreteras desde 1779” y al mismo tiempo tenía el cargo de “consejero de cámara para obras públicas de empedrado de la ciudad” pero, al parecer, no le dejaron poner solución al lamentable estado de los caminos:

“Goethe, director de obras públicas de carreteras desde 1779, había tratado inútilmente de cambiar esse estado de cosas. Por fin capituló y partió hacia Italia: los caminos alrededor de Weimar siguieron siendo tan peligrosos como antes. Al emprender Goethe un largo viaje a Frankfurt, en el verano de 1816, el coche volcó a pocos kilómetros de Weimar. El consejero privado salió rasguñado de debajo del coche y renunció en lo sucesivo a grandes empresas viajeras”

Más eficacia desplegó Goethe para adecentar las calles de Weimar; la mayoría estaban adoquinadas, al menos las más relevantes; sigo a Safranski:

“Tan orgullosos se sentían de ello en Weimar que los turistas y forasteros tenían que contribuir a la caja municipal con un impuesto para el empedrado. Existían normas para que la gente respetase este fasto de la cultura ciudadana de Weimar: había limitación de velocidad y no se permitía cabalgar al trote; además estaba prohibido fumar tabaco en las calles”

A principios del siglo XIX Weimar contaba con unos 7 mil 500 habitantes y alrededor de unas setecientas viviendas; nos cuenta Safranski que desde la llegada de Goethe, en 1775, hasta principios del siglo XX en Weimar “sólo se construyeron veinte casas”. Poco antes de la llegada de Goethe se derribaron las murallas que la circundaban y se ganó un espacio que se dedicó a jardines, parques y paseos; pero nunca perdió su carácter rural; sigo a Safranski:

“En aquel tiempo, los cerdos circulaban por las calles, las vacas pacían en la hierba del cementerio y era habitual que la casa ducal promulgase edictos sobre limpieza como el siguiente: *En la ciudad, los excrementos se acumulan por el acarreo de estiércol. El que no disponga de porche deberá depositar el estiércol en la calle, excepto en los días de mercado, y dejarlo en los lugares indicados para ello menos los domingos y días feriados*”

A principios del siglo XIX un 10 por ciento de la población de Weimar era campesina. Los protagonistas de la actividad profesional liberal estaba en manos de la pequeña burguesía; el sector industrial y empresarial de la burguesía alta y acomodada no estaba muy presente, salvo en casos muy concretos:

“De los 485 talleres artesanales censados en 1820, 280 trabajaban sin ningún oficial y 117 sólo con uno. Los 62 zapateros, 43 sastres, 23 carniceros, 22 carpinteros, 20 panaderos, 20 tejedores, 12 herreros, 11 cerrajeros, 10 toneleros y 10 talabarderos permanecían estrechamente vinculados a gremios y corporaciones y regulaban de tal modo la competencia mutua que ninguno podía ampliar el negocio de manera significativa [...] [...] Hacia 1820, el 26 por ciento de la población activa dependía directa o indirectamente de la corte ducal: los funcionarios de la administración y de la policía, los empleados de la corte, los miembros de la orquesta y del teatro, el clero, maestros, médicos, farmacéuticos, abogados, todos se sentían superiores y marcaban

distancias con los artesanos y jornaleros, quienes, por su parte, dependían también en gran medida de los encargos de la corte. Por muy sutiles que fueran aquí las distinciones sociales, para un viajero que llegase a la famosa ciudad con otras expectativas todo adquiriría un mismo aire provinciano”

Tras esta digresión retomo el hilo de la relación entre Johanna y su hijo Arthur Schopenhauer. Si Arthur pudo ser aquella persona que se dedicó a pensar sin tener que caer en el servilismo de trabajar no fue “únicamente” gracias a la herencia de su padre, como él le agradecía continuamente; fue gracias a su madre aunque el gran filósofo nunca lo reconoció:

“Mi excelentísimo padre era un rico comerciante y, además, consejero áulico de la Corte polaca; sin embargo, nunca permitió que se lo tratase con ese título. Era un hombre severo y riguroso, de una integridad y rectitud ejemplares y de una lealtad absoluta; de ahí que sobresaliese en los negocios con inestimable talento. Casi no puedo expresar con palabras lo mucho que le debo; y, si bien el camino que él había decidido abrimme en la vida -a sus ojos, indudablemente, el más conveniente de todos-, no era el que más se avenía a mi espíritu, incluso así, solo a mi progenitor he de agradecerle que desde mi más temprana edad se me iniciase en los más útiles conocimientos, y también que, después, no me faltasen la libertad, el ocio y todos los medios necesarios para la consecución de la única actividad para la que yo me sabía destinado, la del estudio y la ciencia. En definitiva, más tarde, a una edad más avanzada, yo me beneficié, sin que tuviera que poner nada de mi parte, de lo que solo muy pocos de mi condición y capacidades pueden disfrutar, esto es, del tiempo libre y de una existencia exenta de cuidados, ventajas que me permitieron consagrarme exclusivamente durante una serie de años a estudios que, financieramente hablando, eran absolutamente improductivos y a realizar investigaciones y meditaciones de la más diversa índole; finalmente, pude incluso poner por escrito aquello que investigué y medité sin que se me distrajera o molestara en lo más mínimo. Todo esto he de agradecerlo únicamente a aquel hombre: *Nam Caesar nullus nobis haec otia fecit*. Por eso, mientras yo viva, tendré presente en mi corazón los méritos inexpresables y los favores de aquel padre ejemplar y mantendré incólume su recuerdo.” [este fragmento lo he extraído de la biografía de Arthur Schopenhauer escrita por Moreno Claros y citada en el apartado de fuentes]

El padre muere en 1805 pero su fantasma sigue presente y el hijo no sabe romper esas amarras. La madre lo ha hecho, se ha liberado y no oculta su legítima alegría; el hijo se muestra incapacitado, aunque en su fuero interno desearía ser como su madre. A Arthur Schopenhauer le hubiera gustado ser como su madre y es ella (y no el padre que estaba muerto) quien empujó a su hijo a que se liberara del fantasma paterno, no asumiera el destino profesional que el padre había ideado para él y consagrara su vida al estudio. En una carta a su madre escribe (sigo a Aramayo, la negrita es mía):

“Renunciaría con gusto a cualquier comodidad para dedicarme continuamente al estudio y recuperar todo el tiempo perdido **sin que ambos tuviéramos ninguna culpa en ello**”

Me interesa especialmente este momento en la relación entre Johanna y su hijo así que considero oportuno, por lo que resulta de clarificador, reproducir el siguiente párrafo de Aramayo (la negrita es mía):

“[...] a Schopenhauer le pesaba como una losa el compromiso adquirido con su padre, a quien considera el único responsable de arruinar su vocación. Algo en lo que su madre viene a darle toda la razón, al contestarle a esa carta casi desaparecida y cuyo contenido podemos reconstruir gracias a esta que Johanna redacta el 28 de abril: *El tono tan grave como sereno de tu carta ha calado en mi ánimo y me ha intranquilizado: ¡tu actual camino acabaría por malograr enteramente tu destino! Por ello he de hacer todo cuanto sea posible todavía para evitarlo: sé muy bien qué significa vivir una vida que repele a nuestro fuero interno y me gustaría poder aborrazar esa desolación a mi querido hijo. ¡Ay, querido Arthur!, ¿por qué hubo de valer tan poco mi voz en aquel entonces, cuando lo que tú quieres ahora era ya mi más ardiente deseo? Con cuánta tenacidad luché por ponerlo en práctica hasta lograr imponerme, pese a todo lo que se me oponía en contra, y **cuán atrozmente fuimos engañados ambos**. Pero más vale callar al respecto, pues no sirve de nada lamentarse”*

Johanna como mujer inteligente esperaba pacientemente que su hijo se decidiera por sí mismo a dar el paso y cuando confirmó la incapacidad del “joven Arthur” que sólo hacía amagos, se decidió a darle ese empujón gracias al cual ahora podemos hablar de Arthur Schopenhauer como un gran filósofo y no -quizás- como un hombre destruido dedicado al comercio y ¡quién sabe! si siguiendo los trágicos pasos de su padre. Aramayo lo explica muy bien cuando nos recuerda que fue la madre “quien liberó a su hijo del compromiso adquirido con el padre, tal como Edipo sólo accedió al trono de Tebas cuando desposó a Yocasta”.

Fue Johanna la que dispuso de todo lo necesario para que el hijo ingresara en el instituto de secundaria de Gotha, donde debía aprender en dos años todo lo que no había aprendido hasta el momento y que era necesario para su ingreso en la universidad. Unos versos satíricos dedicados a un profesor le valieron su expulsión y la consiguiente seria reprimenda de la madre que en una carta fechada en noviembre de 1807 le dice, (sigo a Safranski):

“No eres mala persona; no careces de ingenio ni de educación, tienes cualidades que podrían hacer de ti un ornato del género humano.... Pero, no obstante, eres pesado e insoportable y considero hartos penoso convivir contigo. Todas tus buenas cualidades quedan ensombrecidas por tu superinteligencia y son, por tanto, inservibles para el mundo, y ello sólo porque eres incapaz de dominar la manía de querer saberlo todo mejor que nadie, de encontrar faltas en todas partes menos en ti mismo, de pretender mejorarlo todo y ser maestro en todo. Con eso exasperas a las personas que te rodean, pues nadie quiere dejarse aleccionar e ilustrar de modo tan violento, y menos por un ser tan insignificante como el que tú eres todavía”; en otra carta le dice: “**Deseo que seas feliz, pero no necesito ser testigo de ello.... Tú y yo somos dos**”.

Así, pues, Arthur abandona Gotha tras la expulsión del instituto de secundaria y se dirige a Weimar para finalizar sus estudios de bachillerato; pero no residirá en la casa de la madre por decisión de ella que le expresó en una carta fechada el 13 de diciembre de 1807 y que recojo de Wilhelm Gwinner:

“Ahora voy a hablarte de tu relación aquí conmigo. Me parece que lo mejor es decirte sin ambages lo que deseo, con toda franqueza, a fin de que nos entendamos enseguida. Ni por un solo momento has de dudar de que te quiero de verdad, te lo he demostrado hasta ahora y te lo seguiré demostrando mientras viva. Saber que eres feliz es necesario para mi felicidad, pero no necesito ser testigo de ello. Siempre te he dicho que sería muy difícil convivir contigo, y cuanto más de cerca te observo, más se agudiza, al menos para mí, esa dificultad; no voy a ocultártelo, y mientras sigas siendo como eres estaría dispuestas a hacer cualquier sacrificio antes que avenirme a eso. Reconozco tus cosas buenas; no reside en tu alma ni en tu interior lo que me repele de ti, sino en tu manera de ser, en tu conducta, en tus opiniones y tus juicios, en tus costumbres; en definitiva, no puedo estar de acuerdo contigo en nada referente al mundo exterior. También tu mal humor me oprime y contraría mi carácter jovial sin que tú ganes nada a cambio. No hay más que verlo, querido Arthur, sólo has estado unos días de visita en mi casa y no hemos tenido más que escenas violentas, y por nada, sencillamente por nada. Y cada vez que te ibas respiraba tranquila, porque me ahogaba tu presencia, tus quejas sobre cosas inevitables, tus caras largas, esos juicios extravagantes que pronuncias como si fueran sentencias oraculares sin que nadie pueda objetarles nada, y más aún, la eterna lucha que debo sostener en mi interior para reprimir con violencia todo aquello que te respondería gustosa, sólo para no dar ocasión de provocar una nueva pelea. Ahora vivo muy tranquila; desde hace tiempo, los únicos momentos malos que he pasado te los debo únicamente a ti; vivo en paz conmigo misma, nadie me contradice, a nadie contradigo; en mi casa no se oyen gritos, todo sigue su curso uniforme, me preocupo de mis asuntos, nadie nota quién manda y quién obedece, cada cual se dedica tranquilamente a sus deberes y la vida se desliza sin que yo sepa cómo. Esta es mi verdadera existencia y así tiene que seguir siendo si en algo aprecias la paz y la dicha de ellos años de vida que aún me quedan. Cuando tengas más edad, querido Arthur, y veas las cosas con más claridad, podremos entendernos mejor y quizás hasta llegue yo a pasar mis últimos años en tu casa, con tus hijos, como es lo normal en una vieja abuela. Hasta entonces vamos a procurar que estas mil tonterías no enturbien nuestro ánimo y acaben por expulsar de él al cariño. Para eso es necesario que no estemos mucho tiempo juntos, pues aunque en las ocasiones importantes pronto nos ponemos de acuerdo, sucede todo lo contrario en todas las demás. Escucha, pues, cómo quiero proceder contigo. En tu alojamiento estarás en tu casa, pero en la mía serás sólo un huésped, algo así como lo fui yo en casa de mis padres después de casarme, un huésped querido al que siempre se recibirá con cariño pero que no se mezcla para nada en los asuntos domésticos; tú no tienes que preocuparte de ellos para nada [...], no acepto ninguna objeción, cosa que no te ayudaría en lo más mínimo y que lo único que haría sería empeorarlo todo [...]. Puedes asistir cuando quieras a las veladas en mi casa, dos días por semana, y quedarte luego a cenar conmigo siempre que dejes aparte ese enojoso gusto tuyo por la disputa que tanto me crispa, lo mismo que todas esas lamentaciones sobre el necio mundo y la miseria humana que siempre me hacen pasar luego mala noche y tener sueños desagradables, y ya sabes que a mí me gusta dormir bien”

La feroz discusión entre madre e hijo ocurre en la primavera de 1814, cuando ya Arthur es doctor en Filosofía por la Universidad de Jena. El motivo es un hombre atractivo de 34 años llamado Müller von Gerstenbergk y que era consejero de legación y se alojaba como inquilino en la casa de Johanna. Arthur se dejó envolver por los rumores y vio fantasmas donde no los había. Los días que Arthur estuvo en casa de la madre estuvieron, todos y cada uno de ellos, jalonados con fuertes discusiones, portazos, enfrentamientos y desaires hacia el supuesto competidor. Cuando, muy seguramente, lo que la madre buscaba con el acercamiento hacia Müller era conseguir un buen matrimonio para su hija Adele. La situación se hizo tan insostenible que Johanna tomó la resolución de echar a Arthur de casa y comunicárselo por medio de una carta (cito por Moreno Claros, la negrita es mía):

“No es Müller quien nos separa, esto te lo juro ante Dios, en quien creo; tú mismo eres quien se separa de mí: **tu desconfianza, la censura que ejerces sobre mi vida y sobre la elección de mis amigos**, el desdeñoso comportamiento que muestras para conmigo y el desprecio hacia todo el género femenino, tu negativa manifiesta a contribuir a mi felicidad, tu codicia, tu mal humor, al que das rienda suelta en mi presencia sin la menor consideración hacia mí. Esto y mucho más es lo que ha hecho que termine pareciéndome absolutamente odioso, y ello es lo que nos separa”

Los problemas económicos de Johanna comienzan en 1818 debido a la quiebra de la entidad financiera en la que había invertido todos los ahorros procedentes de las rentas por la herencia de su marido. Con el declinar de la capacidad económica de lo poco que pudo salvar de su dinero vino de la mano el declive social que trae la pobreza y tuvo que recurrir a tocar la parte de la herencia que le correspondía a su hija pequeña, Adele -lo que Arthur siempre le recriminó-; el problema de Adele que llegó a hacer sus pinitos en el dibujo y la poesía ha sido señalado por Moreno Claros:

“La muchacha no era agraciada físicamente, aunque tenía fama de ser muy inteligente; pero sin la cuantiosa dote que pudiera haberla hecho algo atractiva para algún pretendiente poco escrupuloso con el aspecto exterior era casi imposible que pudiera casarse”.

Una salida era la escritura y conseguir el dinero que necesitaba con las ventas. Johanna había debutado como escritora haciendo una biografía por encargo de su gran amigo el erudito Ludwig Fernow que había fallecido dejando a su mujer e hijos en la miseria. La biografía la escribió Johanna aconsejada por Goethe, en 1810 *Carl Ludwig Fernow's Leben* [*Vida de Carl Ludwig Fernow*] y tuvo cierto éxito importante. A éste le siguieron unos cuentos *Fremd und eigen* [*Ajeno y propio*]; libros de viajes donde rememoraba los hechos en vida de su marido por toda Europa *Enrinnerungen von winer Reise in den Jahren 1803, 1804 und 1805*, publicados en dos tomos entre 1813 y 1814. Pronto se decantó por la novela al escribir *Gabriele* que fue un éxito de ventas sustentado por los inmensos elogios de Goethe. Todo esto lo compaginaba con sus colaboraciones en revistas literarias y artísticas; escribe Moreno Claros:

“Johanna, se jactaba de que, aunque escribiera, ella continuaba siendo la misma mujer sencilla y agradable, una persona normal, puesto que en realidad no profesaba el oficio por el afán pedantesco de reconocimiento intelectual o por brillo personal, sino sencillamente por la peregrina necesidad de aumentar su menguada renta

mensual”; con lo cual acrecentaba aún más la repulsión de su hijo que no enjuiciaría bien el no vivir-para y sí vivir-de. En 1830 se publica una edición económica de sus *Obras Completas*, pero el éxito no fue el esperado “la estrella de Johanna declinaba”.

Su muerte en 1838 dejó sin terminar sus memorias *Verdad sin poesía* que su hija Adele publicaría póstumamente bajo el título de *Juventud y cuadros de viaje*. Estos éxitos literarios no eran muy valorados por el hijo que entregó a la madre un ejemplar de su publicada tesis doctoral *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente* y se produjo el diálogo que es reproducido en todas las biografías del filósofo:

“Cuando Arthur le entregó a su madre *La cuádruple raíz*, ella se burló diciendo que si era algo para boticarios. ¡Lo leerán todavía -repuso él- cuando de tus escritos apenas quede ya ni uno solo metido en un sótano oscuro!. Ella le devolvió la burla: De los tuyos se podrá encontrar todavía la edición entera”.

En 1823 sufrió un ataque de apoplejía que le dejó una cojera como secuela. Tras la crisis económica junto con su hija se mudaron de casa: “Con el Congreso de Viena retornó el absolutismo, y tradicionalismo y nacionalismo se pusieron de moda en Alemania: los nobles volvían a enorgullecerse de sus privilegios de cuna, las distancias sociales tornaron a medirse con severidad, y Johanna, como burguesa en bancarrota, se vio apartada de aquellas clases sociales cuyas reuniones ya no se celebraban en salones abiertos a personas cultas, artistas e intelectuales provenientes de todos los estamentos, sino que se circunscribían a la Corte, con entrada exclusiva para nobles” [Moreno Claros] Goethe había envejecido y casi no salía de casa con lo que la amistad con Johanna también se fue enfriando.

Los últimos años de la vida de Johanna en compañía de su hija Adele (que ya rondaba los 40 años y se había convertido en una solterona de la época) transcurrió en Bonn y en Jena donde murió: “Llevar una vida apacible y tranquila, rodeada de pocos y buenos amigos y disfrutar de la hermosura de la naturaleza, eso es cuanto ahora deseo en el mundo”.

En 1837 se le concedió una pensión vitalicia con la que vivir junto a su hija muy humildemente; un año más tarde, 16 de abril de 1838, murió de un colapso múltiple; nueve años más tarde su hija Adele moría de un cáncer intestinal, como apunta Moreno Claros: “También la hija, siguiendo la estela de la madre, dejó algún pequeño escrito y unos diarios en cuyas páginas proclamaba su soledad”.

[FUENTES: ARTHUR SCHOPENHAUER, *Diarios de viaje*. Traducción, introducción y notas de Luis Fernando Moreno Claros, Editorial Trotta, 2012. ROBERTO R. ARAMAYO, *Para leer a Schopenhauer*, Alianza Editorial, 2001. *Arthur Schopenhauer. Epistolario de Weimar*. Selección de cartas de Johanna, Arthur Schopenhauer y Goethe, selección, traducción, prólogo y notas de LUIS FERNANDO MORENO CLAROS, Valdemar, 1999. WILHELM GWINNER, *Arthur Schopenhauer presentado desde el trato personal. Una mirada a su vida, su carácter y su pensamiento*, prefacio, traducción del alemán y notas de Luis Fernando Moreno Claros, Hermida Editores, 2017. THOMAS MANN, *Schopenhauer, Nietzsche y Freud*, traducción y nota preliminar Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, 2014. LUIS FERNANDO MORENO CLAROS, *Schopenhauer. Una biografía*, Editorial Trotta, 2014. RÜDIGER SAFRANSKI, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, traducción del alemán de José Planells Puchades, TusQuets, 2008. JOHANNA

SCHOPENHAUER, *La nieve*, traducción, introducción y posfacio de Luis Fernando Moreno Claros, Editorial Periférica, 2007.]

APÉNDICE DOCUMENTAL

[Arthur Schopenhauer, *Diarios de viaje*, traducción de Luis Fernando Moreno Claros -citado en el apartado de fuentes-]

Apéndice 1:

“A mis diecisiete años de edad, sin ninguna educación escolar, me conmocionaron *las miserias de la vida* tanto como a Buda en su juventud el descubrimiento de la enfermedad, el dolor, la vejez y la muerte. La verdad que el mundo gritaba de manera tan audible y clara superó pronto los dogmas judíos que me impregnaban, y mi conclusión fue que este mundo no podía ser la creación de un ser lleno de bondad sino, antes bien, la de un demonio que se deleita en la visión de las criaturas a las que ha abocado a la existencia; tal era lo que demostraban los hechos, de modo que la idea de que ello es así acabó por imponerse” (p. 21)

Apéndice 2:

“Miércoles, 16 de julio [1800]. Partimos de Hamburgo el 16 de julio hacia las doce de la mañana, y después de dos horas, con muy mal tiempo, llegamos a Zollenspyker para cruzar el Elba desde allí; mientras llegaba la balsa trabamos conversación con una pobre mujer ciega, incapaz de distinguir entre el día y la noche. Como le preguntamos por la causa de su ceguera, nos contó que, recién nacida, la llevaron en brazos durante cerca de media hora para bautizarla, cogió frío y se le helaron los ojos. Pero aunque está totalmente ciega conoce los caminos y es capaz de procurarse por sí misma cualquier cosa que necesita. Sentí lástima de la pobre mujer, pero admiré la flemática tranquilidad con la que soportaba su ceguera; ¡bien caro hubo de pagar el placer de ser cristiana! [...]” (p. 31)

Apéndice 3:

“Miércoles, 8 de junio [Londres, 1803]. Esta mañana he presenciado un triste espectáculo: he visto colgar a tres hombres. Siempre será la más indignante de las visiones ver cómo se mata a seres humanos de forma violenta; y ello a pesar de que las ejecuciones inglesas no son ni con mucho tan crueles como por lo general suelen ser las ejecuciones. Seguro que el condenado no sufre ni siquiera medio minuto, queda inmóvil en cuanto cae la trampa del cadalso; tampoco se le ve el rostro, que se le cubre con una capucha blanca. Yo creo que esta muerte tan rápida no proviene de que los condenados mueran por estrangulamiento, sino de que, en cuanto caen, un nudo les rompe la cerviz debido al impulso; de ahí que luego todos penden con la cabeza hacia un lado, prueba de lo anterior. Este espectáculo es aquí menos horrible porque no se lo rodea de ninguna solemnidad. No hay campanas que repiquen por

el perdón de los pecados de los pobres condenados, ni tampoco se los obliga a llevar vestiduras mortuorias. El patíbulo se instala justo delante de la puerta de la cárcel; tampoco el número de los espectadores es excesivo, puesto que aquí se ejecuta regularmente cada seis semanas. Yo estuve en una ventana justo enfrente de la cárcel, tan cerca me hallaba que pude distinguir con nitidez los rasgos faciales de los delincuentes; no me parecieron pálidos. Sentí un escalofrío, pues vi cómo les ponían la soga al cuello, este fue el momento más terrible: sus almas parecían estar ya en el otro mundo, era como si ya no advirtieran nada de cuanto los rodeaba. Un sacerdote los acompañaba en el cadalso; hablaba con uno de ellos, exhortándole: era un espectáculo sobrecogedor ver con qué angustia esos hombres querían dedicar incluso sus últimos instantes a la oración. Uno de ellos, que durante todo el tiempo había estado moviendo las manos atadas arriba y abajo en actitud suplicante, hizo ese mismo movimiento un par de veces más recién caído. [...]” (pp. 79-80)

Apéndice 4:

[Día sin especificar, Francia, Arsenal de Tolón, 1804] “Después de haber pasado diez días en Marsella hicimos una excursión a Tolón [...] Lo más interesante no pudimos verlo hoy, el Arsenal, puesto que para visitarlo hace falta un permiso especial. Entretanto, el señor Aguillon, a quienes íbamos recomendados, nos llevó a dar una vuelta por la ciudad. Tolón no es grande ni tampoco está bien edificado, las calles son en su mayoría estrechas. Visitamos la parte del puerto que no pertenece al Arsenal y en la que se encuentran los barcos mercantes: está muy vacío y muy yermo. El lugar más bonito de Tolón es el Champ de Bataille, es muy grande y está rodeado de bellas casas y paseos; en el centro se ejercitan los soldados.

[...] Una vez que nos hubimos solazado a gusto en estas plantaciones regresamos sin más dilación a Tolón, a donde llegamos a las cinco de la tarde. Enseguida nos encontramos con el señor Bastianelli, uno de los inspectores del Arsenal a quien íbamos recomendados y con quien enseguida fuimos allí a fin de visitarlo entero antes de que oscureciera.

[...] Los trabajos más duros del Arsenal se dejan para los galeotes; verlos suscita una fuerte impresión en el extraño que los observa. Están divididos en tres clases: a la primera pertenecen los que sólo están aquí por delitos leves y por poco tiempo, desertores, soldados insubordinados, etc.; estos sólo llevan un grillete de hierro en el pie y pueden moverse con libertad de acá para allá, es decir, dentro del Arsenal, pues a la ciudad no se le permite ir a ningún forçat. A la segunda clase pertenecen los que han cometido delitos más graves; trabajan de dos en dos amarrados por los pies con pesadas cadenas. Los de la tercera clase, aquellos que han cometido los peores crímenes, están encadenados al banco de la galera, que nunca abandonan; estos se ocupan con trabajos que pueden despachar sentados. El destino de tales desgraciados lo considero mucho más aterrador que las condenas a muerte. Las galeras, que he visto por fuera, parecen ser el lugar más sucio y repugnante que pueda imaginarse. Estas galeras son viejos barcos condenados que no salen más al mar. El lecho de los forçats es también el banco al que están encadenados. Su alimento, sólo pan y agua; no comprendo cómo sin una alimentación más potente y consumidos por las penalidades siguen aún con vida con ese trabajo tan severo; pues durante su esclavitud se los trata como a bestias

de carga. Es horroroso pensar que la vida de estos miserables esclavos de las galeras, lo cual ya dice todo, carece por completo de cualquier tipo de dicha, y para aquellos cuyos sufrimientos, aun después de veinticinco años, siguen sin tener un final, de cualquier esperanza. ¡Qué horrible imaginar la sensación de uno de estos desdichados mientras se lo encadena al banco de la oscura galera del que nada más que la muerte lo separará! Muchos ven incrementado su sufrimiento a causa de la inseparable compañía que está amarrada a su misma cadena. Y cuando al fin llega el momento que el condenado deseó suspirando con desesperación día a día desde hace diez o doce o, lo que sucede raramente, veinte años largos como una eternidad, el final de la esclavitud, ¿qué será de él? Regresará a un mundo para el que está muerto desde hace diez años y las posibilidades que hubiera podido tener entonces se habrán desvanecido: nadie quiere contratar a quien ha estado en galeras, y diez años de castigo no habrán servido para limpiarlo de un delito que cometió en un instante. Se verá obligado a delinquir por segunda vez y terminará en el patíbulo. Me horrorizó oír que aquí hay seis mil galeotes. Los rostros de estos hombres proporcionan abundante materia para consideraciones fisonómicas” (pp. 147-150)

Apéndice 5

[*Epistolario de Weimar (1806-1819)*, introducción, notas y traducción de Luis Fernando Moreno Claros. Obra citada en el apartado de fuentes]

“Johanna Schopenhauer a Arthur. Weimar, 19 de octubre de 1806. [...] Vivimos aún días muy agitados; tampoco enviaré esta carta hasta estar segura de que llegará, pues no desearía tener que contar esta historia de nuevo. Mientras tanto, te escribiré cada vez que pueda unas pocas líneas insignificantes con la esperanza de que por lo menos te llegue alguna noticia mía, pues realmente debes de estar muy preocupado por nosotros. Y ahora, deja que te cuente. Pero comenzaré desde muy atrás, pues aún no tengo la cabeza del todo en su sitio, aunque espero que esto se solucione escribiendo: escribir fue siempre un calmante para mí. Ya no recuerdo cuándo te escribí por última vez, y tampoco puedo ir ahora a mirar en mi caja de correspondencia; sólo sé que entonces este lugar se hallaba plagado de prusianos y sajones y que nadie imaginaba la proximidad de tan terrible catástrofe. ¡Buen Dios! ¡Si hubiera sabido lo que se nos venía encima, incluso a pie hubiera salido de aquí! Aunque hubiera hecho muy mal, pues ya ha pasado todo y los míos y yo estamos a salvo. Mi alojamiento en el Ezbprinz, dada la cantidad de príncipes y generales que allí se hospedaban, resultaba muy incómodo. Me corría prisa, pues, tener mi propio hogar, así que el día 8 [junio 1806] me trasladé a mis nuevas habitaciones, que yo había dispuesto enteramente a mi gusto y donde sólo faltaban ya las cortinas y otras cosas por el estilo.

Llegué a Weimar el día 28 [mayo 1806]; entonces, el ejército prusiano se hallaba en las cercanías, pero todavía no en la ciudad. El día 1 entré aquí, de paso hacia Erfurt, de donde se sospechaba que los franceses se hallaban cercanos. Esto duró hasta el día 3 o el 4; ya te describí entonces toda la pompa militar; entonces todo eran esperanzas, nadie podía suponer que Turingia se convertiría en el escenario de la guerra. El día 3 observamos extraños movimientos en el ejército: tropas que hacía tiempo habían partido, ahora regresaban de nuevo; en los días siguientes, todos se replegaron desde Erfurt; en nuestra pequeña ciudad y

sus alrededores acampaba un ejército de casi 100.000 hombres, prusianos y sajones. Los soldados se hallaban malhumorados a causa de las inútiles y fatigosas marchas, y los lugareños, a causa del duro acuartelamiento y la consiguiente carestía; todavía quedaban esperanzas, mas, un espíritu sombrío parecía oscurecer los semblantes: se esperaba y se temblaba. Yo quería marcharme, pero, ¿adónde ir? Todos me aconsejaban que me quedara; en realidad, no tenía más remedio, pues era imposible conseguir caballo alguno, ni siquiera comprándolo; y tampoco nadie hacía el menor gesto de huir. El día 9 o el 10 llegó aquí el Rey, acompañado de la Reina, del duque de Braunschweig y de un gran número de generales. La Gran Duquesa abandonó la ciudad. Se instaló un campamento desde Erfurt hasta el Ettersberg, a una milla de distancia de Weimar, que se extendió hasta muy cerca de nuestro parque. Se supo con certeza que los franceses habían irrumpido por la parte donde menos se los esperaba, que se habían adueñado de Coburg y de Saalfeld; se oían cañonazos en la lejanía, nadie sabía a ciencia cierta qué pensar, se creía que se replegarían hacia Leipzig y Dresde y que el Rey, la Reina y el duque de Braunschweig permanecían aquí tranquilos, el ejército en el campamento... A nosotros nos latía el corazón de impaciencia. El día 11 me enteré de que G. v. KY se hallaba aquí. Le envié mi dirección, él mismo habló con Duguet y le dijo que vendría a visitarme por la tarde. Después, pudimos ver a soldados prusianos y sajones heridos que regresaban en fuga; los cañonazos lejanos no pararon apenas durante esos días. Nos enteramos de que un ejército harto pequeño, al mando del Príncipe Luis, había sido completamente diezmado en Rudolstadt, tras ocho horas de combate. El Príncipe, cuyo bello porte habíamos podido admirar hacía escasos días, pereció; no quiso entregarse, ni tampoco sobrevivir a la derrota. La visión de los fugitivos y más aún la de los heridos era algo espantoso, se desarrollaban escenas desgarradoras; en la calle, vi venir a un oficial a caballo; interrogó a un coracero herido: *¿Sabéis algo del capitán Bär? Ha muerto* -fue la respuesta-, *yo mismo lo vi caer*. El oficial era su hermano. Yo seguía decidida a marcharme, pero no tenía caballos; por otra parte, todos me aseguraban que mi persona no corría riesgo alguno si permanecía en la ciudad, pero que los caminos eran inseguros. Insistí, seguí buscando caballos, mandé hacer el equipaje y quise hablar con K. ante todo. Me escribió que no podría venir a verme aquella tarde, que vendría al día siguiente, el 12. No tuvimos otro remedio que calmarnos un poco. El día 12 me visitó primero Bertuch, que me tranquilizó mucho; se sabía con certeza que los franceses se replegaban hacia Leipzig, todo podía salir bien, no corríamos peligro. Poco después, me anunciaron la visita de un desconocido. Me dirigí a la antesala y allí encontré a un hombre atractivo y de grave apariencia, vestido de negro, que se inclinó profundamente ante mí y que muy cortésmente me dijo: *Permítame que le presente al consejero privado Goethe*. Dirigí mi mirada al resto de la habitación buscando a Goethe, puesto que según la torpe descripción que me habían hecho de él no podía reconocerla en el hombre que yo tenía delante. Mi alegría y mi confusión fueron enormes, pero creo que me comporté mucho mejor de como lo hubiera hecho de haberme preparado previamente para su visita. Cuando me hube tranquilizado un poco, tenía mis manos entre las suyas y ambos nos dirigíamos hacia el cuarto de estar. Me dijo que ya había tenido intenciones de visitarme el día anterior, me tranquilizó con respecto al futuro y me prometió volver pronto. El día transcurrió sin novedad, el campamento y todo lo demás siguió como estaba. Por la tarde llegó G. v. K., que había deseado hallarme a solas, y así ocurrió. Se comportó conmigo como siempre y, por cierto, también me aconsejó que me quedara hasta el último momento. Parecía estar muy disgustado con el curso de los acontecimientos, me contó que el enemigo se hallaba en

Naumburg y que había ardidado el polvorín. *Si mañana seguimos aquí, estamos perdidos* -me dijo- *Creo que usted no arriesga nada si se queda, pero si desea marcharse, vaya hacia Erfurt y de allí a Magdeburgo, y luego ya hacia donde mejor le parezca.* El general quería contarme muchas más cosas acerca de la situación, pero en esto apareció su ayudante y le comunicó que volvía a oírse un fortísimo cañoneo; apenas si tuvo tiempo de despedirse, y se apresuró a acudir junto al Rey. Era ya bastante tarde, pero a pesar de eso pedí a Conta, que desde hacía unos días se hallaba alojado en nuestra casa, que llevara mi pasaporte al duque de Braunschweig para que lo firmara. Así lo hizo. Yo albergaba todavía la esperanza de encontrar algún caballo, si bien en la posta no quedaba ninguno y a los ciudadanos no se les permitía darlos. Todavía no me había decidido del todo a marcharme, pero deseaba estar preparada en caso de necesidad. También llegaron Ridel y mi paisano Falk; a este último le había prometido llevarlo conmigo para librarlo del destino del librero P., así que le encargué que se procurase un pasaporte y buscase caballos y que estuviera dispuesto para partir a cualquier hora. Ni él ni Ridel creían que existiese todavía un gran peligro. Leímos el manifiesto que yo había recibido y nos separamos tranquilamente.

El lunes, día trece, por la mañana, fui al campamento con Conta y Adele; durante todos estos días había hecho un tiempo excelente: la vida y el ajetreo del campamento, el hermoso parque, la luminosidad del sol, me llenaron de gozo. De regreso a casa vimos a todos los oficiales ante el alojamiento del Rey y al propio monarca asomado a la ventana; sólo con mucho esfuerzo pudimos abrirnos paso entre la multitud. Ya en casa me dijeron que K. había estado allí, le había dicho a Sophie que partiría a las dos, que no podría ya verme, me pedía que le escribiera unas líneas de despedida, y así lo hice; le pedí que me dijera si debía huir y a dónde, y que me consiguiera caballos. Eran las doce. Me dirigí al castillo a ver a la dama de compañía de la duquesa viuda, señorita v. Göchhausen, que en ese tiempo se había hecho amiga mía, para poder enterarme de algo nuevo y concreto. Me la encontré precisamente en la escalera, junto a la duquesa, y allí mismo, en la escalera, le fui presentada. Ella ya había oído hablar de mí, y a pesar de lo alarmada que estaba, me trató con mucha amabilidad y me invitó a acompañarla a sus aposentos. Aquí llegaron diversos oficiales portando noticias inquietadoras. De nuevo se oyó un fuerte cañoneo; el campamento del que yo venía comenzaba a levantarse, todos se preparaban para la marcha. Cuando se retiraron los oficiales, tuve que sentarme un poco con la duquesa, permanecí con ella una media hora larga. Buscamos en el mapa el camino que K. me había recomendado; por cierto, la reina había tomado la dirección contraria. La duquesa me dijo que ya tenía todo listo para partir y me aconsejó que yo hiciera lo mismo; caballos no me podía dar, pues apenas ella misma tenía algunos, y a pesar de estar ya preparada para el viaje, todavía no se hallaba muy decidida. Me haría saber cuándo y hacia dónde partiría, y con esto me despedí de ella. En casa hallé la respuesta de K., me escribía que si le era posible se acercaría a verme un instante, que por lo demás, si se quedaban aquí las dos duquesas, en cuanto que persona particular, yo no tendría nada que temer. Tampoco él tenía caballos, pasado mañana podrían obtenerse monturas de posta, entonces tendría que huir por Erfurt y Langens hacia Magdeburgo o Göttingen, esa ruta sería segura. Al fin me tranquilicé, pues no me cabía otro remedio. El trasiego de las tropas que abandonaban la ciudad, la marcha del Rey, todo esto me hizo caer en la cuenta del peligro que yo misma corría, un peligro que, en realidad, nadie había creído tan inminente. Hacia las cuatro, puesto que el tambor de su regimiento ya había redoblado por segunda vez,

llegó el propio K.; estaba bastante impresionado y a la vez pletórico por los grandes acontecimientos que le aguardaban; no pudo decirme nada, nuestra despedida fue verdaderamente conmovedora. Entonces redobló por tercera vez el tambor y tuvo que marcharse. Me encogió el corazón ver partir de esa manera a aquel hermoso anciano. Todavía no sé qué habrá sido de él. Aquella despedida y el ajeteo de aquel día habían agotado mis fuerzas, mandé a Sophie y a Adele al teatro, donde precisamente se representaba *Fanchon* (Opereta de Friedrich Heinrich Himmel, con libreto de August von Kotzebue), para poderme quedar a solas. Me recosté en mi sofá y allí permanecí completamente en calma; aquel silencio mortal, tras el barullo de los últimos días, era horrible.

Hacia las siete volví a oír movimiento y voces en las calles, me sentía como ahogada en casa, hice que Duguet me condujera a la de Ridel. Sólo dando grandes rodeos pude llegar hasta allí, pues todas las calles estaban ocupadas por carros y caballos; se trataba de los pertrechos y el personal que seguía al ejército. En casa de Ridel nos dimos ánimos mutuamente: la opinión general seguía siendo que los franceses se hallaban en Leipzig y que nuestro ejército había salido a su encuentro hacia allí, donde con toda probabilidad se libraría una batalla. Me fui a casa, Ridel me acompañó; el barullo había decrecido un tanto, la mayoría de los carros había partido ya. En casa, encontré a Adele y a Sophie muy contentas, recién llegadas del teatro. Nos fuimos a la cama despreocupadamente.

Esa noche me desperté varias veces, reinaba un silencio mortal que, después de todo el jaleo que día y noche habíamos tenido hasta entonces, me atemorizaba sobremanera. No me levanté hasta las siete y media, la batalla ya había dado comienzo, poco antes de las seis de la mañana, en Jena. Tú conoces el camino que va de Weimar a Jena, conoces los escarpados riscos, que están provistos de muros a fin de que los carros no se despeñen y se precipiten al abismo; abajo, en el fondo, se halla el Mühlenthal, allí estaban los franceses, el Emperador entre ellos. La niebla era tan espesa que al principio no se le veía, lo sé por testigos oculares; estaba sentado ante una fogata de campaña calentándose y preguntaba una y otra vez si no se veía a los prusianos; en esto se los vio asomar en lo alto. Los encolerizados franceses se lanzaron a escalar los empinados riscos, durante algún tiempo no pudo determinarse quién obtendría la victoria, pero el ejército francés recibía tropas de refuerzo a cada instante; los prusianos se batieron como leones, pero la desproporción era demasiado grande; a éstos logró expulsárseles de su posición privilegiada, la cual, desde luego, no supieron aprovechar lo suficiente, y ya conoces el resultado. Hasta las nueve no me enteré por mademoiselle Conta, que está aquí con nosotros en casa, que se oían cañones y que se esperaba fuera a librarse una batalla en las cercanías.

Llamé a Sophie, mis joyas estaban cosidas en mi corsé, que me puse. Hacía unos días que había hecho que un comerciante de aquí me diera cincuenta luisas de oro en plata a cambio de un pagaré, a fin de proteger mi oro, pues no lo había en la ciudad; tenía también, algo más de cien luisas de oro cosidas en una especie de cinturón que Sophie llevaba ceñido a su cuerpo; todos mis objetos de plata ya los tenía yo empaquetados, éstos, la ropa y algunas cosas que consideré merecían la pena y que me permití retirar sin que la casa pareciera demasiado desnuda y fuera a levantar sospechas; se trasladaron a una pequeña cámara junto a mi desván y se las cubrió abundantemente con madera y leña de modo que la cámara pareciera una leñera. Otras cosas fueron enterradas en el sótano, y luego se echó encima un

montón de patatas. En menos de hora y media quedó todo dispuesto. Conta, su hermano menor y el novio de una de nuestras muchachas, el cual, por suerte, también se hallaba aquí, supusieron una gran ayuda para mi gente. Mi casera, la consejera áulica Ludecus, vino a verme; ambas no propusimos aguantar todo juntas y no perder el valor viniese lo que hubiera de venir. Esa mujer, realmente maravillosa, nos animó a todos con su tesón. A las diez, la anciana duquesa me mandó recado para avisarme de que en una hora partía hacia Erfurt, que podía unirme a ella si es que yo tenía caballos. Yo no había conseguido ninguno, así que me entregué valerosamente a mi destino. La buena Ludecus quiso llevarme junto con Adele a casa de la condesa Bernstorff, que, como danesa, se creía a salvo, pero a Sophie y Duguet no podía llevármelos. ¿Cómo iba yo a abandonar a personas tan leales? Me quedé, ¡y qué bien hice! Madame Ludecus, mademoiselle Conta, Adele, Conta y yo, nos sentamos tranquilamente en mi habitación, en el primer piso, y nos entregamos a la tarea de hacer vendas, tal y como nos había pedido el gobierno.

Fueron horas soporíferas, Arthur mío; los cañones tronaban a lo lejos, en la ciudad todo estaba como muerto, el sol iluminaba los verdes árboles ante mi ventana, exteriormente todo era calma, mas, ¡qué inquietud, qué tormenta, qué angustiosa espera en nuestros corazones! No obstante, hablábamos con calma y nos dábamos ánimos unos a otros. La tranquila resignación de la Ludecus era indescriptiblemente consoladora; yo traté de imitarla lo mejor que pude, sólo que no podía mirar a mi Adele, pues entonces perdía todo mi valor. La propia Adele se hallaba tranquila y despreocupada, una verdadera niña, y para mí, semejante a un ángel consolador. En esto, comenzamos a recibir una buena noticia tras otra: Bertruch y demás amigos nos aseguraban que la victoria era de los prusianos; nosotros, pobrecillos, esperábamos temerosos: fue una tortura. Conta se acercó al castillo y volvió trayendo la noticia de que la propia duquesa había enviado un cazador al campo de batalla para que le trajera noticias. Dieron las doce, dejamos de oír los cañones. Reinaba un silencio alarmante. Entre tanto, Sophie no había permanecido desocupada, mandamos comprar pan y carne, tanta cantidad como pudimos conseguir; Sophie se ocupó de cocerla y asarla; Duguet tuvo que traer cincuenta botellas de vino de la bodega, nos habían aconsejado que tomásemos dicha precaución, pues eso era lo primero por lo que los franceses preguntaban, y me habían advertido de lo peligroso que era dejarlos entrar en la bodega. Madame Ludecus hizo lo mismo. A la una, un amigo llamó a la ventana y nos gritó: ¡Victoria! ¡Victoria absoluta! ¡Oh, Dios mío! Nos abrazamos unos a otros, no sabíamos qué nos pasaba: sin embargo, una inoportuna angustia sobrecogía mi corazón, una premonición de desgracia, tal y como ya la había experimentado yo una vez, en otro tiempo. Tiemblo al recordarlo, y es ahora cuando me doy cuenta.

Pocos minutos después se desató un terrible griterío en las calles: ¡Vienen los franceses! Cientos de personas corrían hacia la cercana plaza del mercado; abrimos precipitadamente la ventana, un centinela prusiano nos grita que no pasa nada, es que traen prisioneros de guerra. Realmente pudimos ver cómo traían a algunos prisioneros heridos. Vi a un cazador cubierto de sangre al que un valiente coracero sajón defendía de los insultos del populacho, tal visión provocó que me retirara de la ventana, pero no tuve más remedio que volver a asomarme, pues llegaban jinetes sajones, prusianos, gran cantidad de carros de aprovisionamiento en furioso desorden, huyendo a la desbandada ... Entonces perdimos toda esperanza, nos tomamos las manos en silencio y nos encaminamos hacia los aposentos de la consejera áulica,

situados un piso más arriba, que nos parecían más seguros. Aún llegaron algunos amigos que nos dijeron que el aprovisionamiento de los 20.000 hombres de refresco que todavía quedaban en el campamento había tenido que ser retirado, pues aquéllos tuvieron que avanzar y no podían dejarlo atrás sin protección. Otros opinaban que las cosas no iban tan bien como antes, pero que aún no estaba todo perdido. ¡Ah! Sin embargo, los rostros de quienes así se consolaban reflejaban tristeza, ya no sonreían como antes. De nuevo tronaban los cañones, cada vez más y más cerca, terriblemente cerca. Conta llegó del castillo con la noticia de que todo había terminado, que ya ni siquiera se montaba guardia ni ante el castillo ni ante las puertas: de nuevo vimos pasar sajones cariacontecidos. ¡Oh, mi Arthur! Me estremezco sólo de recordarlo. Entonces arremetieron los cañones; el suelo se estremeció, las ventanas temblaron ... ¡Oh, Dios, qué cerca nos rondaba la muerte! Ya no oíamos estampidos aislados, sino un estremecedor y penetrante aullido, los silbidos y el crepitar de las balas y los obuses en terrible tormenta, sobrevolando nuestra casa sin cesar y cayendo a cincuenta metros de allí, en el suelo o en otras casas, sin causarnos el menor daño; el Ángel del Señor nos protegía.

Súbitamente sentí paz y gozo en mi corazón, tomé a mi Adele en brazos y me senté con ella en el sofá; abrigaba la esperanza de que un obús nos matase a las dos juntas; por lo menos, que ninguna tuviera que llorar a la otra. Jamás tuve tan presente el pensamiento de la muerte, ni jamás me pareció éste tan poco temible. Adele se había portado muy bien durante todo el día, e incluso en aquellos terribles instantes, no había vertido ni una lágrima, ni lanzado un solo grito de espanto; siempre andaba pegada a mí, y cuando era demasiado para ella, me besaba y me abrazaba, y me pedía que no tuviera miedo. También en aquellos momentos se mantenía muy callada, aunque yo sentía cómo se estremecían sus tiernos miembros, como si estuvieran atacados por la fiebre; y oía cómo le castañeteaban los dientes. La besé, le pedí que *se tranquilizara: si teníamos que morir, moriríamos juntas*; dejó de tritar y me miró risueña a los ojos. De hecho, yo estaba entonces mucho más tranquila de lo que ahora lo estoy al recordar y describirte aquella espantosa escena. Dios me concedió muchísimo valor, todo el que entonces necesitaba. La Ludecus estaba muy quieta, el pobre Conta siguió nuestro ejemplo y, por lo menos, hizo lo posible por ocultar su miedo; así pues, permanecimos allí sentados. Entonces callaron los cañones, pero enseguida oímos un terrible fuego de mosquetes en la calle, un bullicio sordo procedente del mercado y el trote de los prusianos en fuga. Luego, de nuevo durante algunos minutos, ese terrible silencio de la espera. En esto llega el hermano menor de Conta con la noticia de que ya se encontraban allí; él había visto desmontar a los generales frente al castillo; por lo visto, su apariencia era extraordinaria: todos cubiertos de oro y plata; en la plaza del mercado yacían muchos muertos, prusianos y franceses y, por cierto, ya se vendían allí caballos que habían sido capturados como botín, etc.

Luego llegó Sophie con la noticia de que teníamos que alojar a cinco húsares; parecían ser muy correctos, uno de ellos era paisano de Sophie. Sus exigencias de comida, vino, forraje, nos parecieron, a pesar de todo, un tanto violentas, pero Conta y Sophie los tranquilizaron y les dimos todo lo que pudimos. El hospedaje sólo compete a la dueña de la casa, pero en aquel instante me fue imposible no aportar el vino, la carne, etc., que yo tenía a fin de ayudar a la buena Ludecus, a quien, entre tanto, había llegado a apreciar mucho. La necesidad extingue todo pequeño interés y nos enseña, ante todo, cuán cercanos estamos y cómo nos parecemos los unos a los otros. Ahora podíamos respirar de nuevo, creíamos que habíamos

pasado lo peor, pero ¡ay!, eso estaba aún por llegar. Eran ya casi las ocho, me ocupé de que todos nos sentásemos convenientemente a la mesa, pues, aparte de algunas tazas de caldo y algún vaso de vino, ninguno de nosotros había comido nada en todo el día; además, eso serviría para espantar un poco el miedo; así, pues, nos sentamos a la mesa. En esto, se oyó un griterío llamando a fuego, y tan alta como el Mont Blanc se alzó al instante una columna de llamas. Claramente advertimos que el incendio no se hallaba cerca de nosotros, pero la gente gritaba que el castillo ardía, que toda la ciudad ardería por sus cuatro costados. Querido Arthur, ¿no se te encoge el corazón al pensar en nosotros? Ay, hijo mío, ¿no he nacido yo para tanto espanto! Por fin nos enteramos de que el incendio se encontraba muy lejos de nosotros, en alguna parte de los arrabales de la ciudad, donde se apiñan muchas casas pequeñas; el castillo no corría peligro, todo era calma, no soplaban viento alguno, nos encomendamos a Dios y nos tranquilizamos, mas en vano, pues un nuevo sobresalto nos aguardaba. Sollozando y temblando de miedo aparecieron dos mujeres acompañadas del joven Conta; habían huido de su casa escapando de los soldados. Les habían puesto las bayonetas en el pecho ... se entraba en las casas por la fuerza, se saqueaba ... Al principio no podíamos creerlo, sin embargo, sentimos que eso no tenía que hacernos perder la compostura; tanto yo como madame Ludecus hicimos comprender a las damas en tono severo que, si querían permanecer con nosotros, tendrían que sentarse bien calladitas en una esquina, sin trastornarnos con sus quejas y sus lloros. La Ludecus y yo sentamos a la hija en una esquina y a la madre en la otra, y las dos infelices hicieron lo que les habíamos pedido.

Mientras tanto, Sophie se había ganado por entero la confianza de nuestros húsares; la presencia de ánimo, el valor de esta mujer es indescriptible. Ella y Conta nos salvaron aquella noche fatídica de males de los que casi nadie pudo librarse. Los húsares nos advirtieron que no debíamos dejar que se viera luz alguna y nos aconsejaron que trancásemos las puertas, pues echarlas abajo estaba prohibido y se pagaba con la vida, aunque los soldados, a quienes no se les permitía llevar ninguna provisión encima, gozaban de la libertad de exigir que se les diese de comer y de beber. Pero en nuestra pobre Weimar se había levantado esa prohibición: eso no lo sabíamos nosotros. Poco después, amenazaron con derribar la puerta principal: Sophie y Conta corrieron abajo y, Dios sabe cómo, trataron de persuadir a aquellos hombres salvajes de que se acercaran a la ventana; los intrusos exigieron que se les diera enseguida pan y vino, y ambas cosas se les entregaron por la ventana. Se pusieron bastante alegres, cantaron y bebieron a la salud de Sophie, a lo que ella tuvo que corresponder, hasta que prosiguieron su camino. Así aconteció unas cuantas veces más, y de nuevo abrigamos la esperanza de que todo había pasado. De pronto, alguien de los nuestros gritó que habían echado abajo la puerta, que ya estaban en la casa... no era así, aunque la cancela exterior del jardín había sido forzada. Golpearon violentamente la puerta principal y exigieron que se les dejase entrar si es que no queríamos que derribasen la puerta; por lo visto, un señor de la casa les había prometido franquearles la entrada. Y efectivamente así había sido. El joven Conta se le había ocurrido aquella tonta idea en la calle para librarse de ellos cuando trajo a las mujeres.

Sophie y el mayor de los Conta fueron, pues, a abrirlas; los demás nos preparamos para ver aparecer de inmediato en la habitación a los soldados. Todos nosotros nos hallábamos apretujados en un cuartito trasero, a fin de no dejar ver luz alguna; a Adele la había acostado en una cama, yo me senté a su lado, mi bolsa con algunos táleros, en la mano. Oímos, pues, las terribles voces en el piso de abajo: *du pain, du vin, vite, nous montons*, y a Sophie y a Conta

dándoles calurosamente la bienvenida. Sophie les dijo que hacía ya mucho que los estaba esperando y que había guisado para ellos, sólo les pedía que no hicieran mucho ruido para que no los oyera el oficial que teníamos en casa. ¿Que deseaban comer en el salón? Ella no tenía la llave a mano, pero allí mismo, el vestíbulo, sería un lugar apropiadísimo para disponer una buena mesa; y así, les sirvió en el vestíbulo el vino, el pan y la carne asada. Conta, quien pasaba por ser el marido de Sophie, hacía también lo suyo. Los salvajes se amasaron de nuevo, comieron, bebieron y estuvieron muy alegres. Imagínate, a la vez, aquellos rostros crueles, los desnudos sables ensangrentados, los blancos blusones que se ponen los soldados para tales menesteres salpicados de sangre, sus salvajes carcajadas y su conversación, sus manos tintas en sangre ... Yo los vi tan sólo un instante, desde la escalera, eran unos diez o doce. Sophie, en medio de ellos, bromeaba y reía. Uno la asió por la cintura, ella se volvió de repente y, rauda, se sacudió de encima la mano ensangrentada para que no pudiera palpar el cinturón con el dinero. A Duguet lo había encerrado ella casi a la fuerza; como francés que era, no arriesgaba nada, pero Sophie temía su cólera, que, como tú sabes, es de la peor clase. Como durante el día entero Duguet apenas había comido y en cambio, no había parado de trabajar, al beber y relajarse sus fuerzas, el pronto podría sobrevenirle con suma facilidad. Los señores se sentían tan a gusto que no hacían además alguno de marcharse, entonces Sophie se llevó abajo a Adele, que habló de forma encantadora con los soldados y les pidió que se marcharan, pues tenía mucho sueño; los desgraciados se dejaron ablandar por la niña y se fueron. Nuestros dos fieles húsares se hallaban también allí, los otros tres dormían en la antesala. Me quedaban tan pocas fuerzas que también yo necesitaba desesperadamente dormir, aun cuando la misma muerte se hallase agazapada a los pies de la cama; casualmente tanto ese día como el anterior me había sentido débil y no del todo bien. Las puertas se atrancaron de nuevo, me acosté en la cama completamente vestida, y junto a mí se recostó Adele, y Sophie hizo otro tanto abajo, en su habitación. Junto a mi cuarto se acostó Conta: tanto él como los demás permanecieron despiertos, pero yo dormí apacible y tranquilamente durante cuatro horas. El incendio proseguía con furia, no se permitía a persona alguna sofocarlo, los pocos que se habían atrevido a salir de sus casas fueron retenidos por los franceses. La duquesa había enviado a sus sirvientes al lugar del incendio, y tampoco les permitieron acercarse.

Los humanos querían destruir la pobre Weimar, mas Dios se mostró misericordioso. Una pequeña calle, justo por encima de los establos ducales, ardía sin cesar, las llamas se elevaban a gran altura en el aire, tan sólo un poco de viento y hubiera ardido el castillo y con él, con seguridad, la ciudad entera. Pero no se levantó ni una pequeña ráfaga de aire, el fuego siguió plácidamente su curso hasta llegar a una casa que hacía esquina y allí se apagó solo. A pesar de que el incendio duró hasta media mañana del día siguiente, sólo cinco casas quedaron totalmente destruidas. El fuego lo iluminaba todo, yo veía las llamas imponentes, pero, a pesar de eso, tenía que dormir: nunca antes había sentido semejante cansancio. La noche transcurrió con bastante tranquilidad, oímos golpear varias veces la puerta, pero como no abrimos y tampoco podía verse luz alguna, nos dejaron en paz. La ciudad había sufrido horriblemente, y también los arrabales. La Explanada, aun sin hallarse lejos, no queda en el mismo centro de la ciudad; esto, junto con la presencia de ánimo de Sophie y Conta, fue lo que nos salvó. La ciudad quedó prácticamente a merced de los saqueadores. Los oficiales y la caballería no tomaron parte alguna en los actos ignominiosos, e hicieron lo que pudieron

por protegernos y por ayudarnos, pero, ¿qué podían ellos contra la cólera de 50.000 hombres exaltados a quienes esa noche se les permitía campar por sus fueros? Como los primeros mandos lo habían permitido, o por lo menos no lo habían prohibido de forma expresa, varias casas fueron saqueadas. Primero, como es natural, todas las tiendas. Ropa, plata, dinero, todo se lo llevaban. Los muebles y lo que no podía transportarse lo destrozaban; forzaron casi todas las puertas, rompieron todas las ventanas; a muchos los sacaron de sus casas amenazándoles con las bayonetas y, por si fuera poco, la socarronería de esa nación, sus salvajes canciones *mangeons, buvons, pillons brûlons tous les maisons* (comer, beber, pillaje, quemar todas las casas), que podían oírse a voz en grito en todas las esquinas. Por todas partes corrían portando antorchas encendidas que luego arrojaban al rincón que mejor les parecía; es un milagro que no ardiera todo por los cuatro costados. Los soldados habían encendido grandes hogueras de campaña en la plaza del mercado, allí se calentaban y asaban y cocían pollos, gansos y hasta bueyes. Su campamento se extendía desde la parte alta del parque hasta Oberweimar y Webicht, esto es, los que no estaban acuartelados en la ciudad vivaqueaban junto a enormes hogueras, sin tiendas de campaña. El parque se encuentra devastado, los hermosos árboles convertidos en leña para el fuego. Todos los edificios del parque, hasta los minúsculos chamizos donde se guardan las herramientas, han sido forzados o destruidos. Al principio, pocos eran en el campamento los que sabían que abajo existía una ciudad, pero al llegar cargados con el botín quienes habían estado en Weimar, les contaron que en la parte de abajo se hallaba una ciudad de bastante buen ver en la que se dejaba vía libre al saqueo, y así es como vinieron los restantes; los oficiales apenas podían dominar su indignación, pero no tenían orden de retener a los soldados. El príncipe Murat otros tantos generales se encontraban en la ciudad; el Emperador no llegó hasta la mañana siguiente. Muchos vecinos huyeron de sus casas a los bosques y al campo, y buena parte de ellos no ha regresado aún. Cientos se habían salvado refugiándose en el castillo, también allí los franceses habían logrado entrar en la cámara de la plata y de la ropa y robado varias cosas, asimismo saquearon la cámara de armas del duque. La duquesa ha demostrado ser muy valiente, y nos ha salvado a todos. El Emperador estuvo hablando con ella más de dos horas, algo que aún no ha sucedido con ninguna princesa. Ella ha sido la única que ha permanecido aquí mientras todos los suyos huían; si llega a marcharse también, Weimar habría dejado de existir. Acogió en el castillo a cuantos pedían protección, y compartió todo lo que tenía con los refugiados; así se dio el caso que tanto ella como los demás, durante un día entero no pudieron comer sino patatas. Quienes estuvieron con ella me aseguraron que tan bondadosa mujer mantuvo constantemente toda su entereza, y que en su persona no se advertía diferencia alguna con respecto a su comportamiento habitual. Quienes abandonaron sus casas han perdido casi todo, algunos tuvieron la buena suerte de recibir enseguida oficiales en cuartel, los cuales les sirvieron de alguna protección, incluso arriesgando por ellos sus propias vidas. Pero quienes mejor parados han salido son aquellos que, como nosotros, tuvieron el valor suficiente como para no mostrar miedo alguno, que conocían la lengua y las costumbres de los franceses; entre ellos está Goethe, quien durante toda esa noche tuvo que desempeñar en su casa el mismo papel que Sophie y Conta desempeñaron en la mía. Falk pudo arreglárselas, a pesar de que habla mal el francés, y así algunos otros. Al consejero de minas Kirsten, que reside aquí, en la parte delantera de la casa, le ayudamos nosotros, pues con él no vive nadie que sepa francés. A Wieland, dada su calidad de miembro del Instituto Nacional, el general Denon le asignó una escolta. La viuda de Herder (Johann Gottfried Herder (1744-1803)

teólogo y filósofo), cuyo alojamiento ocupó yo ahora, tuvo que huir al castillo; en su casa lo destrozaron todo y, lo que es peor, los manuscritos póstumos del gran Herder, que ella olvidó llevarse consigo, han sido desgarrados o han desaparecido. A los Ridel no les quedaron más que los muebles; los objetos de plata, el oro, la ropa, los vestidos, todo se ha esfumado. Según mi consejo, escondieron sus cosas en el desván, pero al producirse el incendio, lo creyeron más cercano de lo que en realidad estaba, y las trasladaron al sótano, donde inmediatamente irrumpieron los franceses. Se han quedado con el samovar de plata, puesto que nadie advirtió que se trataba en verdad de plata, y un farol que un soldado les devolvió tras habérselo arrebatado a sus camaradas en agradecimiento por una camisa que le dieron. A Kühn le ha ido terriblemente mal. Su casa se halla, como tú sabes, a las afueras de la ciudad, menos mal que no la compré. Los bárbaros hicieron allí todas las locuras que quisieron. Kühn salió de viaje el lunes hacia Hamburgo, pero tuvo que desistir y regresar enseguida. El martes se puso en camino, a pesar del enorme peligro existente, y no sé qué habrá sido de él. Su mujer e hijos se escondieron en un agujero bajo tierra, en el jardín, aun antes de que llegaran los franceses. El preceptor, un francés, Perrin, permaneció en la casa, mas tuvo que huir en cuanto comenzó el saqueo y se vio amenazado por sables y bayonetas. Ya casi por la mañana descubrieron a los infelices en su escondite. Estuvieron a punto de dispararles allí mismo, pero lograron salvar sus vidas comprándolas con todo el dinero y todos los objetos de valor que tenían consigo. Hacia el mediodía llegaron otros soldados que volvieron a amenazarlos de muerte; al fin, ya casi por la noche, pudieron salir de allí, y ahora se alojan en casa del comerciante Desport, junto al mercado. Todos los días oigo el relato de algún horror. El profesor Meyer quiso permanecer en su casa, pero los prusianos en fuga dejaron allí mismo, en su calle, tres carros cargados de pólvora; uno de ellos estaba completamente deshecho y la pólvora se había vertido al exterior. Meyer no pudo, pues, quedarse, así que se trasladó apresuradamente a casa de sus suegros, que no queda muy lejos de la de Kühn; también aparecieron allí aquellos demonios, lo robaron todo y finalmente, bajo amenazas y a la fuerza, desalojaron de su casa a la pobre familia, que tuvo que presenciar la metódica carga de todas sus pertenencias en carros y luego ver cómo se las llevaban. El suegro de Meyer es un anciano enfermo e hipocondriaco que administra una contaduría, amante escrupuloso del orden. Goethe me contó después que jamás había visto una imagen tan viva de la desolación como la que ofrecía ese hombre, en medio de la habitación vacía, rodeado de documentos rotos y esparcidos por doquier; él mismo estaba sentado en el suelo, rígido, como petrificado; Goethe dijo que se parecía al Rey Lear, con la diferencia de que Lear estaba loco y, en este caso, era el mundo el que había enloquecido. He socorrido a Meyer y a algunos otros con las camisas y otras ropas de tu padre hasta que consigan hacerse con otras nuevas. También he restablecido con nuestro vino algún que otro corazón exhausto. Asimismo, he enviado alguna ayuda a los heridos del hospital de campaña; los demás vecinos de la ciudad no pueden pensar en eso todavía, puesto que han perdido demasiado, pero yo sí, porque a mí me ha quedado todo. Los moribundos me han bendecido; eso me devuelve de nuevo la alegría, y su bendición ha de traernos calma. Por las tardes se reúnen mis conocidos en casa, sólo puedo ofrecerles té, pero aún me queda mi carácter abierto, y algunos que llegan cariacontecidos se marchan de buen humor. La buena Ludecus me apoya siempre en todo.

Continuaba yo dormida cuando, a eso de las seis de la mañana, me despertaron a causa del incendio que parecía acercarse peligrosamente; sin embargo, enseguida advertimos que no

teníamos de qué preocuparnos. En la calle vi algunos soldados dispersos, cargados con su botín; albergué la esperanza de que hubiera pasado el desorden y de que a las tropas se les hubiese dado la orden de proseguir la marcha; pero he aquí que vuelvo a oír barullo; nuestro honrado húsar se presenta con una parturienta muy joven que había dado a luz ayer, en medio de toda la desgracia, junto con el marido de ésta, el recién nacido, dos niños más y una criada. Nos pidió que, por el amor de Dios, acogiésemos a aquella pobre gente: los bárbaros habían saqueado su casa y los habían arrojado a la calle. La joven tenía la serenidad y el rostro de un ángel, se sentó en silencio y amamantó a su hijo; sin quejarse, comenzó a hablar de su suerte, tan llena de confianza en Dios, de manera tan modesta, que me llegó al corazón; la abracé y la besé con inmenso cariño, como nunca he besado a una mujer; hubiera querido besarle la mano, pues tan grande fue la veneración que me inspiró. *Ve usted -me dijo-, ¿acaso no es hermoso que una señora tan bondadosa como usted participe en mi destino? ¿Cómo no va a ser esto un consuelo?*. Después, por otra gente, he vuelto a tener noticias de ellos: por lo visto no lo perdieron todo, pues los saqueadores no descubrieron el oro y la plata; la madre y el niño están sanos, el marido se llama Facius, es un hábil cantero y no le falta trabajo a lo largo y ancho de la región, por eso no le será difícil salir adelante. De manera que nuestro aposento se hallaba a rebosar; a saber: esa gente, la espeluznante vieja madame Jagemann con su hija, ayer por la tarde, y además, la forestala Willhemini, que había llegado huida de Erfurt y que se alojaba en casa de Riedel. Estos últimos, por cierto, temiendo al fuego que aún seguía ardiendo, habían ido a refugiarse al castillo, y nos narraron los horrores que allí habían ocurrido y lo que en estos momentos seguía sucediendo.

En esto, oímos golpear violentamente el portón de la parte delantera de la casa. Desde la ventana vi cómo lo rompían en mil pedazos diez o doce hombres encolerizados, que irrumpían en el patio con las bayonetas en ristre. ¡Santo Dios, qué visión! A pesar de todo, pude guardar la calma; nos distribuimos lo mejor que pudimos en la habitación, se llamó al orden a los que pudimos en la habitación, se llamó al orden a los que comenzaron a gritar, yo me situé delante de Adele, de nuevo con la bolsa de dinero en la mano. Sophie y Conta se apresuran a ir al piso inferior; barullo, abajo cae la puerta que franquea el paso hacia mi habitación, a Conta le han puesto las bayonetas en el pecho y a pesar de eso, junto con Sophie, consigue con pan, vino y buenas palabras, deshacerse de los soldados. Ahora el húsar desea hablar conmigo, todavía no me había visto; volé hacia él, le tendí la mano; me dijo que no era digno de tal honor pues sólo era un pobre campesino, pero que podía asegurarme que sus manos no se habían manchado con crimen alguno, y así me la estrechó. Le ofrecí dinero, no quiso aceptarlo de ninguna forma, mas al final acabó por coger un tálero de plata. En el calor del diálogo le mostré mi caja de rapé de oro, él la miró significativamente, *Si vous la demandez il faut que je ous la donne*, le dije. Esto conmovió a aquel hombretón bigotudo casi hasta las lágrimas, tan sólo me pidió que le diera unas pizcas de rapé de la hermosa caja. Luego me aconsejó que me dirigiera a algún general y solicitara que se me concediera una escolta. También me aseguró que el saqueo tocaba a su fin; la infantería, el único cuerpo culpable de los desmanes, tenía que proseguir su camino; él mismo había presenciado cómo un oficial mataba a uno de los saqueadores en la calle, y a otros dos los habían fusilado en el campamento. Ninguno de los nuestros podía ir a ver al general: Conta tenía que quedarse en casa; por lo tanto, le di el brazo a mi húsar, tomé a Adele de la mano y, así, me dirigí al castillo, a ver al príncipe Murat. El camino hasta allí fue horrible; por todas partes se veían las secuelas

de la noche anterior; en las calles, muertos y heridos, prusianos cautivos en el parque y en la plaza del castillo, lugares por donde todavía dos días antes se pavoneaban orgullosos. Hombres feroces, sanguinarios, a los que no puedo llamar soldados, vestidos con blancos blusones desgarrados, el crimen y la muerte en el rostro, que a cada instante interpelaban a mi húsar como camaradas; en medio, música, caballos, jinetes, un barullo sin fin. No se me concedió audiencia para ver al príncipe, éste se había encerrado y no recibía a nadie. Volví a casa, le escribí comunicándole quién era y la situación en la que me encontraba, apelé a su humanidad, le envié mi pasaporte firmado por Bourrienne, le rogué que lo firmara y que me dijera a dónde podía ir, y le pedí me concediera una escolta. Esto se lo envié de inmediato con mi húsar, el príncipe en persona habló con él, firmó mi pasaporte *-pour se rendre en France (para viajar a Francia)-*, y escribió una orden dirigida a todas las autoridades militares y civiles para que se me otorgara protección; además, le ordenó me comunicara que estuviera tranquila, que como extranjera no necesitaba escolta alguna y que ya habían cesado los desórdenes.

Pero no fue así, de nuevo irrumpieron soldados en casa. Por suerte, en aquel preciso instante apareció un oficial de dragones en busca de comida; éste despidió a la soldadesca sin mucho esfuerzo. En cuanto me enteré de esto, mandé que lo condujeran a una de mis habitaciones, corrí a verle enseguida y le pedí protección. Era un hombre muy amable, ya entrado en años; mi situación le llegó al alma, me aseguró que todos los oficiales estaban indignados por lo que había ocurrido en Weimar, pero el ejército iba sin equipaje, y cuando la gente se hallaba cansada y hambrienta, sobre todo después de una batalla, había que permitirles que pidieran pan y vino. Pero lo que aquí había ocurrido era, a todas luces, espantoso; sin embargo, ahora tenía que acabarse. Mientras hablábamos, todavía tuvo que defendernos a nosotros y a nuestro vecino, a quien le habían roto las ventanas. A las dos horas quiso marcharse, su honor dependía de que hiciera cierto camino antes del día siguiente. Poniendo en juego toda mi elocuencia conseguí al fin que me prometiera quedarse hasta las dos de la madrugada si no hallaba algún otro oficial que pudiera sustituirle y protegernos. Salió a ver si encontraba a alguien y me trajo, feliz, un *comissaire des guerres* del general Berthier, así pues, estábamos salvados. Arriba no quedaba sitio alguno, desalojé mi mejor habitación, la que tengo destinada a salón de gala, y me encargué de sentar al oficial a mi mesa, cosa que la buena Ludecus, rodeada de todos los que habían buscado asilo en su casa, no podía permitirse. El oficial de dragones se puso en camino nada más terminar de comer, y Mr. Denier se quedó con nosotros. No he visto muy a menudo un francés tan cortés, tan culto y, además, guapo. Durante todos esos días mi mesa estuvo muy mal servida; no hubo encarecimiento, pero sí una escasez tan grande alimentos, sobre todo de pan, que llegamos a temer una hambruna general. El bueno de Denier participó de nuestra desgracia como si también fuera suya; en su celo por protegernos, hizo que su amigo comiera con el general Berthier, mientras que él se quedó aquí, en casa, y cuando tuvo que salir me pidió permiso y me dijo a dónde iba y cuándo volvería; mientras tanto, sus hombres montaron guardia. Durante todo el día tuvo que defendernos de los saqueadores. A cambio le permití que por la tarde me presentara por lo menos a diez oficiales que tomaron té en casa y se alegraron muchísimo de volver a ver una bonita habitación, tazas limpias y una casa francesa, pues por francesa me tuvieron a causa de mi cortesía y de Adele, que una vez pasado el susto, estaba realmente encantadora. Entre tanto, no perdí el tiempo; a todos los oficiales que vinieron les escribí los nombres de

Loder, Schütz, Froriep y Reichardt, en Halle, y les pedí que cuando llegasen tomasen todas esas casas bajo su protección. Me dieron su palabra de honor y, por propia iniciativa, me prometieron dar esos nombres a sus amigos. Entre tanto, Halle fue tomada por la fuerza, las puertas de la ciudad se cerraron a fin de permitir la huida a los prusianos; quizá mi intercesión haya ayudado a proteger a esa gente que tan amablemente se portó conmigo. En Halle han hecho lo mismo que aquí, y también Jena ha sufrido terriblemente, quince casas han ardido hasta los cimientos. Los Fromman y Fahrenkrüger salieron bastante bien parados. El doctor Stark tendrá que permanecer allí para ocuparse del hospital. Cortaron para lumbre las viñas tan bonitas del hermoso valle, pero no quisieron arder, así que, para nada.

Querido, querido Arthur, en qué tiempos vivimos; sin duda, *the times are out off light*. El día siguiente, el 16, transcurrió de manera similar; estuvimos más tranquilos, si es que puede hablarse de tranquilidad cuando uno no se atreve ni a desnudarse para acostarse por la noche, cuando nos sobrecogemos al escuchar un chasquido cualquiera, cualquier caballo o carro que pasa, a causa de una simple voz en la calle... Llevamos aún bastante tiempo en este estado, querido Arthur, todavía muchos, muchos días. Mi salud no se ha visto considerablemente afectada, aunque he adelgazado tanto que todos mis vestidos, que ya empezaban a quedarme demasiado estrechos, me quedan ahora demasiado anchos; pero la desgracia no es tan grande, pronto reinará de nuevo la tranquilidad.

La mañana del día 17 me dejó mi defensor Denier tras haber tomado las medidas necesarias para que no se nos volviera a molestar con la carga de tener que alojar a más militares. Sin embargo, poco después regresó el regimiento del mariscal Augereau: precisamente fue a este regimiento, junto con otro, al que debemos nuestra desgracia de los días 14 y 15, y esto nos indujo a solicitar de nuevo el hospedaje de un oficial en nuestra casa. Tuvimos que alojar a dos, un tal Picard y un tal Normand. Probablemente fueran buena gente, pero en ellos se advertía con demasiada claridad su espantoso oficio. Tuve que pasar el día entero con ellos; me parecía que tenía en casa a simples cocheros. La distancia existente en el ejército francés entre la caballería y la infantería es monstruosa; los miembros de la primera, hasta el más ínfimo de los húsares, llevan impresos los rasgos de la cultura, mientras que los de la segunda son una horda salvaje, acostumbrada a todo. Por suerte, durante toda la tarde estuve muy ronca, de modo que finalmente no pude articular sonido audible alguno, lo cual me excusó de aparecer a lo largo de todo el día siguiente. Los señores se despacharon a sus anchas aun sin mí. Padecí la misma enfermedad hace siete años, en Danzig, aunque no fue tan grave; mi cuñado me aconsejó entonces que no me descuidara; el día 18 estaba casi muda, y como los remedios caseros no me aliviaban, tuve que recurrir al médico, que no resultó ser otro que el doctor Huschke, quien en tan sólo dos días me ha curado por completo. Sufrí lo indecible a causa de que el regimiento formaba diariamente delante de nuestra casa y, tres veces al día, los oficiales pasaban revista nombrando a voz en grito a cada soldado. La medida podía ser excelente en lo que respecta al mantenimiento del orden, pero yo me veía obligada a ver de nuevo aquellos rostros espantosos, aquellos blusones blancos, sucísimos, que los soldados se ponen encima del uniforme, y que todavía llevaban impresas las huellas de la batalla y de todos los horrores perpetrados; esos hombres eran los mismos que habían actuado durante aquellos días terribles.

El día 18 se enterró aquí con toda solemnidad al general prusiano Schmettau. Tras el entierro, los soldados se congregaron otra vez en la Explanada, los músicos interpretaron arias de ópera y esos hombres salvajes bailaron y gritaron hasta la hora de regresar al cuartel. Por fin, el día 19, el regimiento abandonó la ciudad. Nos quedamos con el general Dentzel y una pequeña guarnición como defensa. El general es alemán y se ha comportado muy correcta y humanamente con nosotros, estudió en Jena antes de todo esto, así que su exacto conocimiento de las rutas ha servido de mucho al ejército. ¿Cómo habrá podido contribuir a devastar este paraíso un hombre que, sin duda alguna, pasó en él los mejores años de su vida? El general Smettau, al que enterraron aquí, llegó a Weimar muy malherido, se le notificó que en cuatro días tenía que partir hacia París, en un instante de abandono se arrojó por la ventana y murió pocas horas después. Desde entonces, y a causa de la gran cantidad de heridos que se apiñan en hospitales de campaña, hosterías, en el teatro, sin cuidado ni orden ni limpieza alguna, a causa de la espantosa cantidad de muertos sin enterrar que yacen por los alrededores, hasta delante mismo del palacio, volvimos a tener miedo, pues temíamos que se propagase alguna epidemia. Poco a poco se va restableciendo el orden a este respecto; a los muertos se los entierra en enormes fosas llenas de cal, lejos de la ciudad. Los caídos en la batalla han sido ya sepultados, los que mueren en el hospital se retiran de inmediato sin que, como al principio, se los apile simplemente en un montón y se los deje yacer días enteros en plena calle. Únicamente se tiene idea de los horrores de la guerra cuando, como en mi caso, se ven de cerca. Podría contarte cosas que te pondrían los pelos de punta, pero no quiero, pues sé demasiado bien lo mucho que te gusta cavilar acerca de la miseria humana; no lo creerás, hijo mío, pero todo lo que vimos juntos no es nada comparado con este abismo de sufrimiento. Lo que me hizo soportar la visión de las cosas más terribles que cabe imaginarse fue el hecho de que, donde pude, ayudé a paliar el sufrimiento ajeno. Mi paisano F. me indicó el camino a seguir y, así, me he encargado de una sala en el Alexanderhoff donde yacen más de cincuenta heridos, la mayoría de ellos prusianos. Les envié telas viejas para vendas, vino, té que cocí antes en casa en un enorme perol, sopa, algunas botellas de Madeira, del que cada uno sólo recibió un vasito; no obstante, el inmenso júbilo que desencadenó tan pequeño alivio hizo que me sintiera muy dichosa. El pan y lo que pude enviarles lo distribuyeron Sophie y Duguet mismos, pues el severo inspector no me ofrecía ninguna confianza. En conjunto fue muy poco, pero ayudó mucho, sobre todo porque, como yo fui la primera, salvé a los desdichados de la desgracia de tener que desesperar de Dios y de los hombres.

Esto llegó a oídos de Goethe y de otros, y han seguido mi ejemplo. Pero lo que más me alegró fue una cantidad de manzanas que compré muy baratas y repartí entre un montón de heridos que yacían ante el teatro, sin alivio alguno, suspirando por algo fresco. También me ayudó F. en tan buena idea. Se alegraron infinitamente. La mayoría de los heridos a los que asistí están ahora muertos, pero enseguida otros ocupan su puesto. Todas las noches llegan aquí por lo menos 300 heridos desde Naumburg y otros lugares, todas las mañanas se despacha una cantidad aún más grande hacia Erfurt... Querido Arthur, cómo endurece la desgracia; ahora me alegro cuando oigo que 4.500 hombres con sus huesos destrozados tienen que proseguir su viaje, yo, que hace todavía escasas semanas, por nada del mundo hubiera dejado marchar sin ayuda al joven que se rompió el brazo frente a la puerta de nuestra casa. Esperemos que dentro de pocos días se levante el hospital de campaña, la muerte nos ayuda terriblemente. F. trabaja como traductor del actual comandante; Dentzel se ha ido, el

de ahora no sabe alemán, pero muestra casi más celo que él en ayudar a la ciudad; ha desarmado a todos los soldados que todavía siguen aquí acuartelados y mantiene la más estricta disciplina. Es maravilloso cómo juega el destino con nosotros: este F. vive ahora en medio de los mismos hombres de los que hace catorce días me vi en la obligación y quise rescatarlo, y les sirve. En la ciudad se vela muy bien por el orden. El comandante francés hace lo suyo, y todas las noches patrullan 60 de nuestros vecinos, sin atención al rango ni a la persona, con el fin de garantizar la seguridad ciudadana. Tememos mucho menos a los franceses, sin embargo, desconfiamos de los habitantes de la comarca vecina, reducidos a la miseria y la desesperación. Esperamos al duque, que, según dicen, regresará pronto. Entonces estaremos seguros y la época e bonanza curará nuestras heridas. Sin la duquesa, que permaneció aquí valerosamente, habríamos perecido todos. Habrían incendiado el palacio y prendido fuego a la ciudad entera. Por lo visto ya se habían preparado proyectiles incendiarios; sólo ante la noticia de que ella se hallaba aquí, se nos respetó. Eso se sabe ahora con toda seguridad. No podemos imaginarnos cómo hemos podido escapar a tamaña desgracia, el Ángel del Señor cuidó de nosotros.

Aún hoy me decía Goethe que en su casa se había hallado por todas partes pólvora desparramada y cartuchos llenos. En una casa situada justo enfrente de la suya, prendieron fuego intencionadamente, y sólo por pura casualidad lo descubrieron y lo apagaron. Por todas partes había pólvora y cartuchos, por doquier carros cargados de munición, de acá para allá corría la gente con bujías encendidas y, a pesar de todo, Dios nos asistió. Mi existencia aquí será agradable, se me ha conocido mejor en estos diez días que de ordinario en diez años. Goethe dijo hoy que mediante este bautismo de fuego me había convertido en weimariana, y tiene toda la razón. También me dijo: *Ahora que el invierno, más triste que nunca, viene ya arimándose, tenemos que arimarnos asimismo los unos a los otros y alegrarnos mutuamente en estos días tan sombríos.* Hago todo lo que puedo para mantenerme alegre y animada. Todas las noches, mientras duran estos días aciagos, se reúnen mis conocidos en torno a mí, yo les sirvo té y pan con mantequilla en el más estricto sentido de la palabra; no se encienden más luces de las que se utilizan normalmente y, sin embargo, siguen viniendo una y otra vez, pues se sienten muy a gusto en mi casa. Meyer, Fernow, a veces Goethe, se hallan entre ellos; muchos a quienes no conozco desean que se les admita en mi casa. También Wieland me ha pedido permiso hoy para visitarme estos días. Todo lo que tanto deseé llega por sí solo, y tengo que agradecerse simplemente a la suerte de que mis habitaciones estén intactas y a que se me brindase la oportunidad de mostrarme tal y como soy. Que mi serenidad se mantuviese inquebrantable se debe a que soy la única entre miles que no tiene que llorar alguna amarga pérdida y es sólo la desdicha general la que oprime mi corazón, no la propia. Bien siento cuán egoísta suena esto, y desde luego, ésta es la parte más terrible de la desgracia general: que también los mejores de entre nosotros tengamos que rebajarnos a consentir ese egoísmo.

Adiós, querido Arthur, ojalá que hayas tenido paciencia para leer esta carta interminable, pero no podía expresarme con mayor brevedad si quería contarlo todo, y es que tenía que hacerla. [...] Adieu, querido Arthur, quédate tranquilo en lo que a mí respecta, el horizonte se torna más claro cada día. [...] Goethe no ha sufrido ninguna pérdida, el profesor Meyer ha perdido casi todo, también sus dibujos, aunque no sus escritos ni su buen humor. Los manuscritos póstumos de Herder se han perdido sin remedio.”